

COMUNISMO

GRUPO COMUNISTA INTERNACIONALISTA

COMUNISMO No.11 (Octubre 1982):

- * Líbano: El Proletariado no tiene Patria.
 - * La publicación del primer número del boletín suplemento para España de Comunismo
 - * Notas críticas sobre el materialismo dialéctico.
 - * Perlas de la burguesía:
 - o ¡Piensa Ud. que sea posible evitar la dictadura del proletariado Presidente Allende?"
 - * De como se falsifica y distorsiona la historia de nuestra clase.
 - * Subrayamos:
 - o América Latina : Hacia una nueva fase de lucha de clases.
 - o Bolivia : Los proletarios contra la unión nacional.
 - o M19 : Otros más de la guerrilla al Parlamento.
 - o "El Oumami" del leninismo al nacionalismo descarado.
 - o La reglamentación de los sin papeles a la vanguardia de las campañas anti-inmigrados y racistas.
-

Al lector:

Compañeros, una revista como esta solo podrá cumplir las tareas teórico - organizativas que la hora exige, con una participación cada vez más activa de sus lectores, simpatizantes, corresponsales. Toda contribución, sea para mejorar el contenido y la forma de la misma (enviando informaciones, publicaciones de grupos obreros, análisis de situaciones, etc), sea para mejorar su difusión (haciendo circular cada número en el mayor número de lectores posibles, consiguiendo nuevos abonados, sugiriendo otras formas o lugares de distribución, etc.), constituye una acción en la construcción de una verdadera herramienta internacional de la lucha revolucionaria.

¡Utilizad estos materiales! Nadie es propietario de ellos, son por el contrario parte integrante de la experiencia acumulada de una clase que vive, que lucha para suprimir su propia condición de asalariada, y así todas las clases sociales y toda explotación. ¡Reproducid estos textos, discutidlos!

Recibid con nuestro más caluroso saludo comunista, nuestro llamado al apoyo incondicional a todos los proletarios que luchan para afirmar los intereses autónomos de clase, contra la bestia capitalista, contra su Estado y contra los partidos y sindicatos pseudoobreros que perpetúan su supervivencia y nuestro grito que te impulsa a forjar juntos el Partido Comunista Mundial, que nuestra clase necesita para triunfar para siempre.

Para contactarnos, escribir (sin otra mención) a:

BP 33 * Saint-Gilles (BRU) 3 * 1060 Bruxelles * Bélgica

Email: info [at] gci-icg.org

Sitio: www.gci-icg.org

Grupo Comunista Internacionalista (GCI)

LÍBANO: EL PROLETARIADO NO TIENE PATRIA

Durante meses, la población del sur de Líbano fue masacrada por la artillería del Estado de Israel. De «30.000 a 40.000 muertos» dicen las cifras oficiales. ¡Cómo si 10.000 más o menos importaran poco! ¿Porqué diablos entonces se hace tanto ruido con los 3.000 o 4.000 muertos en los campos de «refugiados» de Sabra y Chatila? ¿Porqué se realiza esa sutil dramatización; esa publicidad (!) acerca de esa masacre particular, mientras que se silencia sistemáticamente la obra sanguinaria del capital, que cotidianamente asesina, encarcela, hace reventar de hambre, tortura...?!

¿Es necesario repetir que todos los días, esos subproductos del capitalismo que son los «accidentes» de trabajo, las hambrunas, las guerras..., matan a decenas y decenas de miles de proletarios?

¿Es necesario repetir que por las propias contradicciones del capital, las guerras son cada vez más frecuentes, que las mismas emergen cada año, en diferentes regiones, y que son los proletarios los más directamente afectados por ellas?

¿Es necesario repetir que si el engaño para el reclutamiento de los proletarios en uno y otro frente de la guerra imperialista no resulta suficiente, y si aquellos desertan y organizan actos de derrotismo revolucionario, todas las fuerzas burguesas paran la guerra y actúan conjuntamente en la exterminación de esos bastiones obreros?

¿Es necesario repetir que el bombardeo de Beirut tenía como objetivo principal el diezmar al combativo proletariado de Beirut, que las armas utilizadas las bombas de fragmentación que acribillaban a los sitiados cuando salían de los refugios, las armas químicas que quemaban la piel y carcomían la carne, los explosivos de artillería y el fósforo, las pelotas con gases venenosos tienen como objetivo evidente el de eliminar y castrar al máximo de vidas humanas?

¿Es necesario repetir que la OLP completaba la obra de sus queridos enemigos sionistas, reprimiendo e impidiendo toda tentativa de huida de la ciudad, lo que permitía encerrar mejor al proletariado entre los dos fuegos?

¡Mientras que por un lado el ejército del Estado de Israel, pertrechado por EE UU con las mejores y más imponentes armas, tiraba contra todo lo que se movía; por el otro, las fuerzas represivas de la OLP utilizaban a la población civil como escudo, el amontonamiento de cadáveres parecía justificado ante los ojos de todas las fracciones burguesas! ¡Porqué, entonces, de golpe, la burguesía grita «horrorizada», cuando, continuando su implacable lógica asesina, la guerra burguesa continúa y se produce la exterminación de los proletarios de los campos de Sabra y Shatila?

Dicha masacre particular no tiene ninguna razón particular, sino la razón universal de la barbarie creciente del capital, cuyo desarrollo implica hoy la masacre cada vez mayor de proletarios. La concentración de la propaganda sobre esa masacre particular, que tiene por objetivo evidente el focalizar a la opinión pública sobre la misma, intenta constituirse así en alibí del genocidio incesante y creciente que la burguesía realiza cotidianamente en el mundo entero para mantener su dominación de clase.

Al poner en un primer plano exclusivo esa masacre particular, toda la prensa burguesa hace un caso especial, una excepción, una cuestión de matones, un error, un exceso de la guerra..., un crimen de guerra! ¡Cómo si el crimen no fuese justamente la guerra misma, la guerra contra el proletariado!

Bien al contrario de remarcar todo el horror de la guerra burguesa, todo el bombardeo publicitario hecho entorno a esa masacre, la banaliza, la hace normal. Al igual que los ganadores de la segunda gran guerra internacional montaron la tremenda campaña acerca de los campos de concentración y exterminación nazi para banalizarla y hacer olvidar los millones de muertos en los frentes, en los bombardeos de ciudades enteras, como Berlín, Nagasaki, Hiroshima...; hoy, la publicidad hecha sobre los asesinatos de Sabra y Shatila se utiliza para banalizar la guerra perpetua con la que el capital descuartiza al proletariado en el Líbano, el Salvador, Honduras, Guatemala, Irán-Irak, Afganistán..., haciendo olvidar que es precisamente para liquidar los centros de fomentación de las revueltas obreras, que la burguesía lleva adelante su guerra.

Desde EE UU a URSS, de Yasser Arafat a Amin Gemayel..., todos juegan a la indignación, se arrancan alguna lágrima, gritan que es un escándalo, que «no encuentran las palabras» para describir ese horror que ellos mismos han banalizado. Todos esos agentes mercenarios del capital intentan, hoy, retirar sus manos de ese baño de sangre al que contribuyeron directa o indirectamente.

Incontestablemente, el ejército israelita fue, ayudado por las tropas del comandante Haddad y las milicias falangistas de Ataeb, las fuerzas que ejecutaron esa masacre. La invasión de Beirut oeste y el rastillaje de los campos de refugiados formaban parte de los minuciosos planes del Estado Mayor de Israel desde tiempo atrás. El ataque de la embajada de Israel en Londres y el asesinato de Bechir Gemayel (probablemente orquestado por los propios servicios secretos de Israel) no fueron otra cosa que pretextos para la segunda fase de la operación llamada de «Paz [sic] en Galilea», es decir, el desencadenamiento del rastillaje general del sur de Líbano. Desde hacer recular a los *fedayines* de la frontera israelí a exterminar a los «refugiados» de los campos de Sabra y Shatila, el Estado de Israel lleva a cabo el mismo plan

de «estabilización» de ese «centro de subversión» propicio para las «infiltraciones de la URSS». Una vez que el ejército, las organizaciones militares y el personal del gobierno de la OLP fue evacuado, que la ciudad fue formalmente entregada al ejército libanés descompuesto, que las fuerzas multinacionales de «interposición» fueron repartidas, y que la fuerza de los estados árabes de «disuasión» volvió al valle de Bekaa, era evidente que el plan Habib y la cumbre de Pes entregaban la ciudad al ejército israelita, que sin perder un instante rastrelló toda la ciudad y en particular los campos, y procedió a la revisión sistemática de las ruinas de los bombardeos, en busca de los depósitos de armas, encarceló a los hombres, procedió a interrogatorios (acompañados, claro está, de la tortura imponente y masiva) y exterminó, fusiló a los proletarios que consideraba subversivos para sus intereses. Ya en 1948, cuando Begin era jefe de la organización terrorista judía Irgun, dirigió la masacre de los habitantes del pueblo Deir Yassine a los efectos de empujar, al éxodo masivo de palestinos. De la misma manera, en 1953, Sharon fue responsable directo de la masacre del pueblo de Qibya. Históricamente, la creación del Estado de Israel corresponde a la necesidad del capital mundial de colocar en la región un supergendarme, dada la fuerte concentración proletaria con una larga tradición de lucha, que amenaza la estabilidad del desarrollo del capital.

A través del brazo armado de Israel, es el capital mundial el que asesina a los proletarios de Beirut, Saida, Nabatieh, Tyr...

Pero luego de haber escandalizado a la opinión pública internacional, la burguesía no podía dejar seguir operando al ejército de Israel. Y, hoy, toman su relevo los más sanguinarios gendarmes del capital: los marines yanquis que han intervenido decenas de veces en América Latina para aplastar de forma sanguinaria las insurrecciones obreras, los paracaidistas franceses que saltan en África cada vez que el orden contrarrevolucionario es amenazado, los cuerpos de elite italianos especialmente entrenados para los combates callejeros y la lucha antiinsurreccional..., a quienes nos presentan como los portadores de la «pacificación», los salvadores de las «pobres víctimas» contra las «locuras asesinas de Begin y Sharon»! Pero, como era de esperar, esas fuerzas multinacionales de interposición no hicieron otra cosa que continuar la operación de rastillaje que hasta el momento llevaban adelante los milicos israelitas (como unos años atrás, había intentado, sin éxito, el ejército libanés, y luego el ejército sirio): allanamientos casa por casa de todas las habitaciones de Beirut oeste, búsqueda de depósitos de armas, arrestos, interrogatorios y/o expulsión de todos aquellos que no tienen los papeles en regla o que son considerados sospechosos de no plegarse a la «reunificación de Líbano»... En fin, hacer todo lo que está a su alcance para que el ejército libanés sea de nuevo capaz de hacer reinar el terror sobre todo Beirut.

Evidentemente que para justificar su guerra, para esconder su naturaleza anti-proletaria, la burguesía habla exclusivamente de los «refugiados palestinos», a los que amalgama descaradamente a la OLP.

Como siempre, negando la lucha proletaria y llenándose la boca con el «derecho a la autodeterminación de los pueblos» es como ella hace la vista gorda, apoya y actúa en la masacre de los proletarios, que, en realidad, no son «palestinos» sino de los orígenes más variados: «libaneses», «srios», «turcos», «armenios», «kurdos», de Arabia Saudita, «paquistaníes» y, por supuesto, «palestinos»..., concentrados en Beirut este y el sur de Líbano. En realidad, los «campos de refugiados» no son otra cosa que el amontonamiento de la masa de proletarios expulsados de sus lugares de origen por la desocupación y la miseria, en busca de mejores condiciones de vida, es decir, migrando en función de las necesidades del capital. Esos proletarios que en Líbano son considerados «extranjeros», sin distinción de nacionalidad, se encuentran como es lógico fuera de la legalidad libanesa, sin papeles... Frente a ellos, la OLP significa el encuadramiento sistemático de esos campos, la vigilancia, la tentativa de imponerles la legalidad y la prevención contra las revueltas obreras. Como todo otro Estado, la OLP es una organización de la burguesía en clase dominante, donde sus diferentes partidos y fuerzas se hayan estructurados en poderes legislativo y ejecutivo que disponen de un aparato represivo, que cobra impuestos, realiza exportaciones e importaciones, obliga a los niños a ir a sus escuelas, y a los jóvenes a hacer el servicio militar, que tiene su justicia, su religión de Estado, que asegura la sumisión de «sus refugiados» al trabajo asalariado, al capital..., y ello en todo el territorio controlado por ella.

Como en todo otro caso, los fabricantes de la opinión pública, y sobre todo en la medida que la OLP ha sido reconocida progresivamente a nivel internacional por sus pares, es decir, los otros estados, se han llenado la boca con la famosa «representatividad de la OLP» y tratan por todos los medios de hacer creer que la suerte e intereses del proletariado «palestino» está ligada al de sus explotadores, al de la OLP. Dejemos de lado esa ficción jurídica, por la cual los explotados renunciarían a sus intereses y a su acción directa para mandar a la clase que es su enemigo histórico, denominada «representación», pero subrayamos lo que en los últimos meses no puede ser más ocultado: el brutal antagonismo de intereses entre proletariado («palestino» o no) y la OLP. Al principio del ataque israelita, todas las organizaciones político-militares de la OLP se presentaban como las defensoras de la población civil contra la agresión de Israel, pero el interés de proteger sus aparatos militares y burocráticos detrás de los cuerpos de hombres, mujeres y niños es demasiado evidente y, por eso mismo, reprimían toda tentativa de escapar de las zonas bombardeadas. En el juego de la guerra imperialista OLP-Israel (por no hablar ya de todas las otras grandes potencias que están detrás de ambas fuerzas), el defender instalaciones y ejércitos con el escudo de la población civil es considerado lo más normal del mundo. Si no se tratase de esto, si realmente la OLP hubiese tenido un mínimo interés no en proteger exclusivamente sus fuerzas estatales, sino a la población sitiada, es evidente que no hubiese negociado su propia y exclusiva evacuación la del personal militar y del Estado palestino, sino que hubiese asegurado justamente la evacuación de la población. ¿O es que acaso los de la OLP ignoraban que el Estado de Israel había planificado

arrasar?! Como es evidente, todas las organizaciones de la OLP (desde las derechistas a las más izquierdistas) se pronunciaron precisamente por lo contrario, por abandonar a la población, a la que habían impedido salir, al asesinato del Estado de Israel y a las fuerzas cristianas. Por ello, no debe llamarnos la atención que mientras el Estado de Israel festejaba el triunfo y afilaba sus garras, que penetraban en los campos, en los cuerpos del proletariado, que vivía en Beirut oeste, la OLP festejaba los acuerdos (plan Habib) que le permitían una retirada ordenada de sus aparatos estatales, y declaraba que desde su punto de vista era un triunfo; y en realidad lo es. ¡Viva la OLP!, que al proletariado lo parta un rayo o los milicos israelitas, franceses o yanquis...! Fue una vez más la línea real de todos los Estados árabes, y la OLP en primera fila. Triunfo de Israel, triunfo de la OLP, triunfo de los marines yanquis, de los paracaidistas franceses, de la nación libanesa..., y en toda esa fiesta nacional y patriótica, como siempre, el que sale descuartizado es el proletariado.

Para los proletarios, sea cual sea el color de su pasaporte (¡si tiene!), su nacionalidad es el capital. Como decía Marx, en 1845: «La nacionalidad del obrero no es francesa, ni inglesa, ni alemana; es el trabajo, la esclavitud libre, la venta de sí mismo. Su gobierno no es francés, ni inglés, ni alemán, es el capital. Su atmósfera natal no es francesa, ni inglesa, ni alemana, es la de la fábrica. El único suelo que le pertenece de verdad no es ni el francés, ni el inglés, ni el alemán, es el que está algunos metros bajo tierra».

La resistencia proletaria contra la guerra es de plano (sin ningún tipo de mediación) internacionalista, contra todos los ejércitos burgueses presentes. El proletariado no tiene patria, sea cual sea el lugar en el que él esté sometido al capital mundial, que lo encadena cada vez más al trabajo y lo priva, cada vez más, de los mínimos medios de subsistencia. Baja de salarios, desocupación, trabajo intensivo..., en el Líbano, Israel, Siria..., en Estados Unidos, Cuba, Chile, Argentina y Nicaragua... En todas partes del mundo, el capital nos reserva el mismo destino que en el sur de Líbano: exterminación de parte de la masa de fuerza de trabajo excedentaria, de la «sobrepoblación», sobre todo si ella es consciente de que no tiene nada que perder más que sus cadenas, y se organiza para rechazar ese destino, para romper esas cadenas, destruyendo el Estado del capital.

Beirut, capital bancaria e industrial, concentra una importante masa de proletarios, de la cual la mayoría son emigrantes de las regiones vecinas. Cientos de miles de ellos son expulsados al paro, lo que llevó a que sea práctica habitual el no pagar más el alquiler, ni el agua, ni la electricidad, la ocupación de locales para vivir, la organización de las recuperaciones, el armamento... Ni el Movimiento Nacionalista Libanés, con sus Consejos por localidad, ni las falanges cristianas -conocidas por el terror blanco que hacen reinar sobre Beirut-, ni la OLP con todo su aparato y sus diversas bandas de mercenarios, habían logrado restablecer el respeto a la propiedad privada, el orden burgués.

Fue frente a esta permanente agitación social, cada vez más viva, que se había incrustado incluso en las filas del ejército libanés, que la burguesía mundial envió los ejércitos de Israel, la OLP, Siria, Estados Unidos, Francia, Italia... Su objetivo: liquidar la posibilidad de enfrentamientos violentos entre ese proletariado en efervescencia y el gobierno, incapaz de reconstituir la unión nacional, es decir, imponer el terrorismo de Estado al proletariado, y liquidar toda voluntad de lucha antes de que el movimiento asumiese su propio contenido y pasase a la ofensiva revolucionaria.

Para lavar su culpa universal, la burguesía se vio obligada a encontrar un culpable particular, un chivo expiatorio. Begin y Sharon fueron designados, y la burguesía logró así otro objetivo: canalizar el odio a la guerra hacia una campana pacifista, basada en el derecho; la creación de una comisión de investigación, el cambio del gobierno en Israel o cualquier otra diversión. Señalados Begin y Sharon, la burguesía en su conjunto reconstituyó su imagen de virginidad. Pero, preguntémosnos, si Peres hubiese estado en el lugar de Begin ¿qué hubiese pasado con los proletarios de Beirut? ¿Hubiese cesado la guerra? ¡De ninguna manera! ¡Peres gobernante hubiese hecho exactamente lo mismo! Es decir, aplicado la política de austeridad y guerra dictada por los intereses del capital. Al principio de 1976, cuando era ministro de defensa, las fuerzas cristianas a sueldo de Israel, realizaron la masacre de los proletarios del campo de La Cuarentena, enclavado en Beirut este. En el verano de ese mismo año, también en Beirut este, esas mismas fuerzas cristianas, ayudadas por las milicias falangistas y con la complicidad del Estado sirio, tomaron por asalto el campo de Tell-El-Zaatar y ejecutaron a miles de proletarios. Subrayamos que Siria es hoy aliado de la OLP y que fue el rey Hussein de Jordania, también hoy aliado de la OLP, quien orquestó, con la ayuda de la burguesía palestina, la impresionante masacre -el famoso «septiembre negro» de 1970- de decenas de miles de proletarios cuya presencia y luchas desestabilizaban la dominación burguesa en Jordania.

No hay nada que esperar del gobierno de ningún país; los gobiernos de todos los países cambiarán de composición, de ministros o presidentes, pero no son nunca otra cosa que los representantes del capital mundial, cuya única perspectiva es la guerra permanente que destruye cada vez más proletarios en su camino.

Contra esta afirmación sanguinaria de la barbarie capitalista, el proletariado también tiene una sola perspectiva: actuar efectiva y prácticamente para imponer la derrota de la burguesía, la derrota de sus planes de austeridad, la derrota de todos sus ejércitos.

Para los proletarios que viven en Líbano, el derrotismo revolucionario implica directamente el desertar de todo frente burgués, dirigiendo sus armas contra todos los ejércitos burgueses en presencia: el de Israel, el de Líbano, el de la OLP, el de Siria, el de EE UU, el de Francia, el de Italia.

Para los proletarios en Israel, Siria, Francia, Italia, Estados Unidos, América Latina o África, en el campo pro-americano o pro-ruso, el derrotismo revolucionario, única verdadera solidaridad con los proletarios masacrados en Líbano, consiste en luchar por la destrucción de la movilización de «todas las fuerzas de la nación» verdadera movilización para la guerra, en sabotear la producción, rechazando el «no pierdan un minuto de trabajo», en negarse a cargar los envíos de armas, en el rechazo organizado y violento de todo esfuerzo nacional de guerra, de todo sacrificio..., en la lucha contra el ejército mediante la rebelión, los motines, el sabotaje de todo movimiento del ejército, en la fraternización con los proletarios sometidos al uniforme de los otros ejércitos...

En todo el mundo, apoyar a los proletarios directamente confrontados con la guerra, implica organizar la lucha, atacar a «su propia» burguesía. Como el ejemplo de la guerra en Líbano lo demuestra perfectamente, es el capital mundial quien en cada guerra localizada enfrenta al proletariado internacionalista. A nosotros, en cualquier lugar del mundo en que nos encontremos, nos corresponde subvertir la correlación actual de fuerzas, transformando así la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria para destruir el capital y todas sus guerras.

Cada uno contra su propia burguesía, todos contra el capital

Septiembre de 1982

Nota

Para un desarrollo de estas cuestiones lea nuestros artículos: «Liberación nacional, cobertura de la guerra imperialista», *Comunismo*, números 2 y 3; «Contra la guerra imperialista: La revolución comunista mundial», *Comunismo*, número 9; «El proletariado no tiene patria», «La guerra y la paz contra el proletariado», «Memoria obrera: Las causas de las guerras imperialistas», *Comunismo*, número 10; «Sobre las guerras: ¡Campañas antimisiles, antinucleares, pacifistas...! Cada paso hacia el desarme del proletariado significa un paso hacia la guerra imperialista generalizada», suplemento número 1 a *Comunismo* en España.

LA PUBLICACIÓN DEL PRIMER NÚMERO DEL BOLETÍN SUPLEMENTO PARA ESPAÑA DE COMUNISMO

Con la publicación del primer número del *Boletín* (editado en España, por nuestro grupo como suplemento a *Comunismo*) se da un primer paso para la formación de una nueva herramienta del proletariado, de su vanguardia comunista, en la lucha por la reconstitución teórico-práctica del comunismo, como fuerza, como programa, como partido.

Esperamos una buena acogida de dicho *Boletín* por parte de todos los lectores asiduos de *Comunismo*, y en especial por los que habitan en España. Este material, al ir respondiendo a problemas más concretos de la lucha del proletariado en España, (que *Comunismo* no puede abordar) espera responder a una necesidad que comienza a manifestarse de nuevo en todos los proletarios que en esa zona intentan romper con el encuadramiento burgués de derecha y de izquierda, sindical y patronal, fascista y antifascista, separatista (o autonomista) y centralista; es decir, que luchan contra el capital y su modo de organización (la democracia). A esos proletarios los invitamos a actuar como corresponsales de dicho boletín, y a los que nos han seguido desde hace algún tiempo, además, a tomar cargo la difusión de una cantidad (a precisar según las posibilidades) de dicho boletín.

He aquí la dirección postal de nuestro grupo en España: Apartado de correos 61.058 – Madrid – Chamartín - España

Sumario del número 1 del boletín para España

1. Presentación del boletín en donde además se reitera nuestra proposición de coordinación internacionalista.

2. Sobre las guerras y las campañas antimisiles, antinucleares, pacifistas..., en donde se explica que «cada paso hacia el desarme del proletariado significa un paso hacia la guerra imperialista generalizada».

3. España 1982, artículo que se subdivide en dos textos: uno sobre los sindicatos, «organizaciones reaccionarias y antiobreras», y otro acerca de las elecciones y el «nuevo gobierno contra la clase obrera».

4. El *boletín* contiene además un conjunto de citas que muestran la continuidad orgánica y programática de nuestra lucha en diferentes épocas: Marx, Engels, AIT, periódico *La Emancipación*, Izquierda Comunista, periódico *Bilan*.

NOTAS CRÍTICAS SOBRE EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

«Ser radical es tomar las cosas por su raíz. Pero la raíz del hombre es el hombre mismo.»
Marx, *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, 1844

Introducción

La creencia vulgar considera frecuentemente, incluso en el ambiente «revolucionario», que las cuestiones «filosóficas», metodológicas, son anexos de las concepciones políticas, y que están ahí para adornar o rellenar una argumentación demasiado inconsistente. Estas cuestiones son abandonadas a los especialistas, preferentemente universitarios, y las pocas contribuciones de militantes comunistas sobre este tema son las más de las veces dejadas a «la crítica devoradora de los ratones» (1). Ahora bien, lo que esta creencia vulgar no llegará jamás a comprender es que la concepción del mundo, la forma en que alguien se sitúa en relación a las contradicciones de clase, está totalmente ligada al método utilizado para afirmar su programa.

El marxismo –«teoría de las condiciones de liberación del proletariado» (Engels)– se afirma tanto a través de sus posiciones programáticas invariantes (2), como a través de su método, también invariante: el materialismo histórico. Como decía Hegel: «El método no es otra cosa que la estructura de toda exposición en su pura esencialidad», – *Fenomenología del espíritu*–. El programa comunista forma un todo, una totalidad, donde el método, los medios y el fin están dialécticamente unidos. «Lo que ha surgido con el materialismo histórico es a la vez la doctrina de las condiciones de la liberación del proletariado, y la doctrina de la realidad del proceso total del desarrollo histórico, y eso únicamente porque es, para el proletariado, una necesidad vital, una cuestión de vida o muerte el llegar a la visión más perfecta y clara de su situación de clase; porque su situación de clase sólo es comprensible desde el conocimiento de la sociedad total, porque sus actos tienen este conocimiento como condición previa, inevitable.» Luckacs, *¿Qué es el marxismo ortodoxo?*, 1919.

Todas las desviaciones-falsificaciones que el marxismo ha conocido, y aún conoce, oportunismo, reformismo, legalismo, inmediateísmo, desde Proudhon, Dühring y Lasalle, pasando por Bernstein, Kautsky y Plejanov, hasta Lenin y Bujarin (sin hablar de las groseras necedades de los epígonos a lo Stalin, Mao...), se encuentran íntimamente ligadas a desviaciones-falsificaciones del materialismo dialéctico (3).

Evidentemente, no es tampoco por azar que Marx y Engels hayan comenzado su magnífica obra de crítica radical de la sociedad entera desde su base material hasta sus superestructuras ideológicas, por una crítica definitiva de todas las principales concepciones del mundo –filosofías feudales, pequeñoburguesas, burguesas, que existían entonces, para oponerles la concepción práctica y teórica de la clase obrera, síntesis superior de todo lo que existía precedentemente: el materialismo histórico. Y no es tampoco por casualidad que ha sido necesario llegar a la mayor ola revolucionaria de la historia, la de los años 17 a 23, para ver, al mismo tiempo, «que la restauración de los principios marxistas de destrucción violenta del Estado burgués, de insurrección armada, de dictadura terrorista del proletariado dirigido por el partido comunista mundial (debido principalmente a la fracción bolchevique reagrupada en torno a Lenin), la restauración de la concepción materialista de la historia (principalmente debida a los militantes comunistas directamente implicados en las luchas obreras, el húngaro G. Luckacs, el alemán K. Korsch, el italiano A. Bordiga, el holandés A. Pannekoek).

Y ha sido con el aniquilamiento de esa ola revolucionaria que la ideología burguesa, bajo su forma más perniciosa, el materialismo vulgar, triunfó, rechazando junto con los otros principios comunistas, en coro unánime –desde los curas idealistas a los materialistas burgueses, stalinistas y socialdemócratas–, la concepción materialista de la historia (4).

Después de sesenta años, cuando el proletariado mundial reemprende su marcha hacia su reorganización de clase, cuando penosamente se reapropia de su propia conciencia, nos parece de la máxima importancia el reafirmar algunos conceptos fundamentales del materialismo histórico, y en primer lugar que «la coincidencia de la modificación de las

circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria». Marx, *Tesis sobre Feuerbach*, III.

Idealismo y materialismo burgués

En su lucha contra todos los modos de producción anteriores al suyo, la burguesía debía, al mismo tiempo que destruía las bases materiales de las viejas clases dominantes, destruir igualmente sus superestructuras ideológicas. El principal soporte ideológico de los modos de producción anteriores al capitalismo era la religión, el fideísmo, y todas las otras formas que puede tomar el idealismo (5). La burguesía revolucionaria, estereotipada por el jacobinismo de 1789, se afirma entonces, antagónicamente a las religiones, como racionalista, reemplazando el culto de Dios por el, tanto o más místico, de la razón, la ciencia y el progreso. El materialismo burgués, que, tiene como principal fundamento las ciencias de la naturaleza, nace entonces para destruir a Dios, reemplazándolo por fetiches también ilusorios, por una nueva santísima trinidad: el dinero, la mercancía y el capital.

«Las ciencias de la naturaleza son los fundamentos espirituales del capitalismo. El progreso técnico que impulsa al capitalismo hacia adelante depende enteramente de su desarrollo. Así, las ciencias de la naturaleza gozan de la más alta estima a los ojos de la burguesía ascendente, tanto más cuando la ciencia libera a esta nueva burguesía de la dominación de los viejos dogmas tradicionales que reinaban en los tiempos del feudalismo.» A. Pannekoek, *Lenin filósofo*, cf. nota al fin del texto.

Si para los modos de producción anteriores –feudal, asiático, esclavista...–, la religión era la ciencia, el modo de producción capitalista hizo de la ciencia una religión. Y, desde entonces, se nos abreva, en todo el mundo, con la creencia en la eternidad y en la marcha triunfante del progreso burgués, guiado por la mano invisible y no obstante racional, de la ciencia. (¡Es suficiente para darse cuenta ver los millones de seres humanos que revientan todos los días gracias a los beneficios del capitalismo!). Al mito burgués del progreso (el único progreso efectivo es el de su barbarie, cada día más inhumana) corresponde el aplastamiento de todos los hombres, deslumbrados ante la ciencia. Esto es hasta tal punto verdad, que el argumento de autoridad por excelencia, sea para vender un polvo de lavar o una nueva teoría, es cada vez más el «¡es científico!», que reemplaza al viejo fatalismo: «¡Dios lo quiere!».

Nos es suficiente, a nosotros marxistas revolucionarios, ver la real capacidad de la ciencia para resolver los problemas fundamentales de la humanidad, para repetir con la Izquierda Comunista: «Lancemos así el grito que deja perplejos a tanta gente obcecada por la sugestión de los más gastados lugares comunes: ¡Abajo la ciencia!». *Programa del Comunismo Integral y Teoría Marxista del conocimiento*, en *Programa Comunista*, número 20, de 1962.

«El marxismo no puede ser considerado como una ciencia, aun si se le da a este término la más amplia significación burguesa, comprendiendo hasta la filosofía más especulativa. Hasta el presente, se llaman al socialismo y al comunismo marxista, socialismo científico, para oponerlos a los sistemas 'crítico-utopistas' de un Saint Simon, un Fourier, un Owen..., y se ha aportado así durante años un indecible alivio a la honesta conciencia pequeñaburguesa de numerosos socialdemócratas alemanes; pero este bello sueño se derrumba apenas se constata que precisamente en el sentido reconocido y burgués de la palabra, el marxismo no ha sido jamás una ciencia y no puede serlo mientras sea fiel a sí mismo. No es ni una 'economía', ni una 'filosofía', ni una 'historia', ni cualquier otra 'ciencia humana' (*Geisteswissenschaft*) o combinación de esas ciencias; y ello desde el punto de vista del 'espíritu científico' burgués. Aún más, la principal obra económica de Marx es desde el principio al fin una crítica de la economía política tradicional, pretendidamente 'imparcial', y en realidad puramente burguesa, es decir, determinada y entrapada por prejuicios burgueses; esto supone por lo tanto que esta crítica de la economía burguesa se adhiere abiertamente al nuevo punto de vista de la clase que, única entre todas las clases existentes, no tiene ningún interés en mantener los prejuicios burgueses, y a la que sus condiciones de existencia la llevan, por el contrario, cada vez más a su destrucción definitiva, práctica y teórica.» Karl Korsch, *Marxismo y filosofía*.

Pero si en su lucha para imponer el capitalismo, una buena parte de la burguesía debe ser materialista, una vez completada su dominación sobre el mundo, debe recurrir nuevamente al viejo opio religioso para consolidar esta dominación.

«La clase burguesa se ha dado cuenta de que en la época de sus orígenes revolucionarios, se dio demasiada prisa en abatir ídolos y altares de toda especie. La filosofía racionalista y el programa de igualdad y libertad con el que se exhibía la burguesía en la historia, no tardaron en entrar en estridente contraposición con las leyes del desarrollo de la economía capitalista que forjaba nuevos esclavos bajo la forma asalariada, después de haber proclamado, en teoría, la emancipación de todos los hombres. Para justificar este estado de cosas, la burguesía ha debido recular hacia el pasado y reconocer que no puede haber dominación de clase que renuncie, para encontrar una legitimación de sí misma, a la intervención misteriosa de una religión, más a menos evolucionada. Y la burguesía, cara a la acción y al pensamiento resueltamente subversivos del proletariado, ha llegado a ser idealista.» *Por la concepción teórica del socialismo, L'Avanguardia*, 1913, cf. *Storia della Sinistra Comunista 1912-1919*.

«El mundo religioso no es sino el reflejo del mundo real. Una sociedad donde el producto del trabajo toma generalmente la forma de mercancías y donde, por consiguiente, la relación más general entre los productores consiste en comparar los valores de sus productos, y, bajo esa apariencia de las cosas, en comparar las unas con las otras sus trabajos privados, a título de trabajo humano igual; una sociedad tal encuentra en el cristianismo, con su culto del hombre abstracto, y sobre todo en sus especies burguesas, protestantismo, deísmo..., el complemento religioso más conveniente.» Marx, *El capital*, Libro I.

Y Engels agrega: «O sea, toda religión [nosotros podríamos decir toda ideología, NDR] no es sino el reflejo fantástico en el cerebro de los hombres de las fuerzas externas que dominan su existencia cotidiana, reflejo en el que las potencias terrenales toman la forma de fuerzas sobrenaturales», *El anti-Dühring*. En este sentido, materialismo burgués e idealismo se complementan perfectamente, *ciencia del culto y culto de la ciencia* están ahí para mantener a los proletarios en su condición de explotados. El fundamento y la función social del materialismo burgués, así como la del idealismo, es la justificación de lo que existe, de la realidad inmediata: la dictadura mundial del capital. «El resultado supremo al que llega el materialismo pasivo, es decir, el materialismo que no concibe el dominio de lo sensible como actividad práctica, es la visión intuitiva de los individuos aislados o de la sociedad burguesa.» Marx, *Tesis sobre Feuerbach*.

El sentido profundo del materialismo burgués es la justificación del reformismo, la demostración material de la eternidad del infame inmediatismo de la esclavitud asalariada y del cambio continuo de las condiciones de esta esclavitud –las reformas– por el mismo capital (6). No es por nada que las chusmas stalinistas o socialdemócratas y su querida francmasonería, se complacen en el materialismo vulgar; éste es el único que puede explicar lo que existe, y, por consiguiente, para esos antidialécticos, lo que debería ser siempre. El reformismo sólo puede existir sostenido por una concepción que niega todo futuro a la clase revolucionaria, presentándole como única realidad inmediata la adaptación, y por lo tanto la perpetuación, de su esclavitud asalariada.

Y esta triste realidad del materialismo burgués, la explotación capitalista, es plenamente completada por la esperanza idealista de un mundo mejor en los cielos.

En el viejo debate filosófico para saber si es el ser el que determina la conciencia (materialismo) o, de forma inversa, la conciencia la que determina el ser (idealismo), ambas concepciones *llegan a una misma dicotomía* entre el ser y la conciencia, sin comprender en qué el «pensamiento y el ser son por lo tanto ciertamente distintos, pero, al mismo tiempo, forman en conjunto una unidad», Marx, *Manuscritos de 1844*.

Ni el materialismo vulgar ni el idealismo alcanzan a captar la esencia del materialismo dialéctico, adelantada por Marx, a saber, que *la conciencia es concebida como un elemento de lo material*, del ser, como precisamente *el ser consciente*. «La conciencia no puede ser otra cosa que el ser consciente, y el ser de los hombres es el proceso de su vida real.» Marx, *La ideología alemana*. Y es esta misma dicotomía entre el ser y la conciencia la que Marx denuncia en su primera tesis sobre Feuerbach: «El principal defecto de todo el materialismo conocido hasta aquí (incluido el de Feuerbach) es que las cosas, la realidad, el dominio de lo sensible, son únicamente, concebidos bajo la forma de objetos o intuiciones, pero no como actividad sensible del hombre, como práctica no de un modo subjetivo. De aquí que, por oposición al materialismo, el lado activo fuese desarrollado de un modo abstracto por el idealismo, que por naturaleza ignora la actividad real, sensorial en sí misma».

De esta manera, al mismo tiempo y por el mismo movimiento que nace el proletariado, única fuerza capaz de abatir conscientemente la sociedad de clase, nace el materialismo histórico, única comprensión global del proceso de emergencia del comunismo a partir y como negación del capitalismo. Lenin subrayaba en *El Estado y la revolución* que «el gran mérito de las explicaciones de Marx es el de aplicar ahí otra vez de forma consecuente la dialéctica materialista, la teoría de la evolución, y considerar al comunismo como algo que se desarrolla a partir del capitalismo». «El punto de vista del viejo materialismo es la sociedad burguesa, el del nuevo materialismo es la sociedad humana, la humanidad social.» Marx, *Tesis sobre Feuerbach*.

El materialismo histórico

Al contrario de múltiples ideas muy difundidas, el materialismo histórico no es un simple añadido de florituras «dialécticas» al viejo materialismo o, peor aún, la simple continuación del materialismo del siglo XVIII (Rousseau, Bücheer...) mediante algunas adaptaciones científicas, como lo presenta la tradición kautskysta (comprendido Lenin) y todos sus sucesores actuales (stalinistas, trotskistas...).

No, el materialismo histórico se afirma, como la clase que lo contiene, en su movimiento, antagónicamente, tanto al idealismo como a su complemento materialista vulgar; es a la vez su negación práctica (en y por la lucha obrera) y su síntesis superior; la primera comprensión de la historia humana en tanto que globalidad en proceso.

«Es pues, hasta en las concepciones filosóficas más fundamentales, en lo que difieren el materialismo burgués y el materialismo histórico. El primero no es más que un materialismo limitado, incompleto y engañoso, en comparación con el materialismo histórico, más amplio y totalmente realista, y lo mismo que el movimiento burgués, del que fue la expresión teórica, no representa más que una emancipación imperfecta y engañosa, en comparación con la emancipación completa y real que traerá la lucha de clase proletaria.» A. Pannekoek, *Lenin filósofo*.

Para el materialismo burgués, el hecho de que la conciencia presuponga el ser significa –en limitado cientificismo– que son las neuronas del cerebro las que producen la conciencia humana. Esto es parcialmente exacto, es decir, globalmente falso. Si, en efecto, fisiológicamente, las neuronas del cerebro «producen» la comprensión individual del hombre, su pensamiento, al ser pensamiento humano y por lo tanto social, es determinado por las condiciones sociales en y por las que existe. La sociedad es el medio real en el que vive el hombre. Este medio actúa sobre el hombre efectivamente, por intermedio de sus órganos sensoriales y nerviosos, pero en la totalidad, que es la sociedad, el hombre no puede ser otra cosa que un ser social, es decir, socialmente determinado. «El individuo es ser social. La manifestación de su vida, aunque no aparezca bajo la forma inmediata de una manifestación colectiva de la vida, al ser realizada con otros, y al mismo tiempo que ellos, es por lo tanto una manifestación y una *afirmación de la vida social*.» Marx, *Manuscritos de 1844*. Esas famosas neuronas no son entonces, en realidad, más que una mediación entre el individuo y la sociedad (y no la causa única y pura, preferida por todo mecanicismo aristotélico); el pensamiento de un individuo no es nunca otra cosa que una expresión entre otras del pensamiento social.

Del mismo modo, el capital es siempre visto, por todos sus apologistas, como una suma de cosas estables y materiales (fábricas, materias primas, obreros, acciones, rentas...), sin entender que el capital no puede ser comprendido más que como relación social. «La gran y fundamental idea de la dialéctica materialista es que el mundo no debe ser considerado como un conjunto de cosas acabadas, sino como *un conjunto de procesos* donde las cosas, en apariencia estables, así como sus reflejos intelectuales en nuestro cerebro, los conceptos, se desenvuelven y acaban, pasando por un cambio continuo en el curso del cual, finalmente y a pesar de todos los retrocesos momentáneos, se hace patente un progresivo desarrollo.» Engels, *L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*.

En la explicación de esta transformación de las relaciones entre los hombres en *cosas congeladas y muertas*, es descubierto por el materialismo dialéctico el fundamento mismo de la alienación capitalista: la reificación.

Con el capitalismo, la división del trabajo alcanza su punto culminante. En el feudalismo, por ejemplo, el siervo disponía aún de un trozo de tierra y de los medios de trabajo necesarios, lo que le permitía utilizar una parte de su fuerza de trabajo para sí mismo (la otra pertenecía a su señor). En el capitalismo, el obrero está por el contrario completamente separado de los medios de producción. Está obligado a vender su fuerza de trabajo (y por lo tanto a sí mismo), su única propiedad, para junto a los medios de producción, que le son ajenos, valorizar el capital. Su fuerza de trabajo, como él mismo, pasa a ser de este modo una simple mercancía.

«El trabajo no sólo produce mercancías, sino que se produce a sí mismo, y al obrero en tanto que mercancía, y esto en la medida en que produce mercancías en general.» Marx, *Manuscritos de 1844*.

Tal como los medios de trabajo, los productos del trabajo pasan a ser ajenos al obrero; la mercancía que produce su trabajo se le enfrenta como «una potencia independiente» (Marx, ídem). El producto del trabajo, su incorporación a una mercancía, a una cosa –objetivación–, es su realización. Es al mismo tiempo la enajenación de su fuerza de trabajo, es decir, su des-realización.

«El obrero pone su vida en el objeto. Pero como éste no le pertenece, su vida pertenece al objeto. Cuanto mayor es la actividad, tanto más carece de objetos el trabajador. Lo que es el producto de su trabajo, no lo es él. Cuanto mayor es, pues, este producto, tanto más insignificante es el trabajador. La enajenación del trabajador en su producto significa no solamente que su trabajo se convierte en un objeto, en una existencia exterior, sino que existe fuera de él, independiente de él, ajeno a él, y se convierte en un poder independiente frente a él; la vida que ha prestado al objeto se le enfrenta como cosa extraña y hostil.» Marx

La alienación del trabajo se expresa por el hecho que, para el obrero (el burgués se beneficia de esta alienación), el trabajo no es una necesidad natural, sino una obligación, el único medio de no reventar de hambre (... y aún!).

«Su trabajo no es por lo tanto voluntario, sino obligado, es trabajo forzoso. El carácter extraño del trabajo aparece netamente en el hecho de que en cuanto no existe obligación física u otra, el trabajo es evitado como la peste.» Marx

Y aquí aparece ya (en 1844) muy claramente la argumentación de siempre de los comunistas contra todos los defensores pasados y futuros del trabajo, y el principio invariante que se deriva: ¡Abolición del trabajo asalariado, abajo el trabajo!

«El trabajo es el fundamento vivo de la propiedad privada; la propiedad privada no es más que el trabajo objetivado. No basta simplemente con atacar la propiedad privada como un «estado de cosas», sino que hay atacarla como actividad,

como trabajo, si se le quiere dar un golpe mortal. Una de las equivocaciones más graves es la de hablar de trabajo libre, humano, social, de trabajo sin propiedad privada. El trabajo es por su misma esencia, la actividad no-libre, inhumana, asocial, condicionada por la propiedad privada y creándola a su alrededor. La abolición de la propiedad privada no llegará a ser realidad más que concibiéndola como abolición del trabajo, abolición que, evidentemente, habrá tenido que ser hecha posible por el trabajo mismo, es decir, por la actividad material de la sociedad, y que no hay que imaginar como sustitución de una categoría por otra. Una «organización del trabajo» es, por lo tanto, una contradicción. La mejor organización que se le puede dar al trabajo es la actual organización, la libre competencia, la disolución de todas las organizaciones de trabajo que pudiesen parecer sociales». Marx, *Crítica de la economía nacional*, 1845.

La unidad dialéctica entre ser y conciencia

Hemos visto que si para el materialismo dialéctico, la conciencia presupone el ser, esto es así ante todo en tanto que ser social. Es en este sentido que el materialismo dialéctico resuelve la dicotomía entre ser y conciencia, ostentada tanto por el materialismo vulgar como por el idealismo. Pero esta resolución implica fundamentalmente que se conciba al ser, en un mismo proceso, como distinto de la conciencia y como formando una totalidad: el ser consciente. Esta totalidad se expresa del mismo modo para el proletariado consciente, es decir, organizado y dirigido por su partido, por la unidad entre su teoría y su práctica.

A este nivel de la exposición, es fundamental comprender la diferencia que existe entre identidad y unidad. Con la primera, la identidad, producto directo del materialismo burgués, el ser desaparece confundido con la conciencia (o inversamente), lo que es de hecho otra forma de reintroducir la dicotomía; no hay ningún movimiento más y no se puede llegar a comprender que existe una ideología burguesa dominante, una falsa conciencia, y que el proletariado no es el comunismo. Con la segunda, la unidad, concepto producto del materialismo dialéctico, se llega por el contrario a captar y por lo tanto también a intervenir sobre el movimiento que anima el ser y su conciencia. Se llega a comprender que el ser es tendencialmente consciente (es decir, portador también de una falsa conciencia: la ideología burguesa), y que el proletariado no es el comunismo, pero tiende a realizarlo negándose por y en ese proceso.

La concepción es dialéctica; sólo ella permite captar el proceso en su totalidad. Esta distinción esencial –que separa el materialismo dialéctico del materialismo burgués– tiene inmensas aplicaciones teóricas. Es en efecto, a la vez, la liquidación de los fundamentos metodológicos de la concepción kautskista de la conciencia y el partido y su acción, según la cual, el ser existiría sin conciencia –el proletariado concebido como clase para el capital o en la versión leninista como «espontáneamente trade unionista»–, mientras que la conciencia planearía en los libros de los científicos burgueses. Y es, al mismo tiempo, la liquidación de la concepción idéntica pero inversa, la consejista, según la cual la conciencia se considera como una simple parte del ser, adquirida de una vez por todas.

Sólo el materialismo dialéctico permite comprender la dinámica que liga orgánicamente el ser y su conciencia, para producir tendencialmente el ser consciente. Y es sólo esta comprensión dialéctica la que nos permite captar, en su raíz, la función y el papel del partido comunista como órgano ciertamente distinto, aunque dialécticamente unido a la clase. El único momento en el cual la clase puede ser real y plenamente identificada con el partido es el comunismo, que realiza a la vez la supresión de la clase, del partido..., ¡y de la identidad!

El arma de la dialéctica materialista

Acabamos de ver, gracias a esta cuestión central del materialismo histórico, la unidad entre el ser y la conciencia, entre el sujeto y el objeto, entre la teoría y la práctica...

«La unidad de la teoría y de la praxis no es por lo tanto más que la otra cara de la situación social del proletariado; desde el punto de vista del proletariado, conocimiento de sí mismo y conocimiento de la totalidad coinciden, él [el proletariado] es al mismo tiempo sujeto y objeto de su propio conocimiento.» Luckacs, *¿Qué es el marxismo ortodoxo?*

... y la importancia crucial que tiene en la concepción materialista la dialéctica.

«Lo que les falta a todos estos señores [los críticos burgueses de Marx] es la dialéctica. Nunca ven otra cosa que causa por aquí y efecto por allá. El que esto es una abstracción vacía, el que tales opuestos polares metafísicos únicamente existen en el mundo real durante las crisis, en tanto que todo el vasto proceso se produce en forma de interacción de fuerzas (si bien de fuerzas muy desiguales, siendo con mucho el movimiento económico el más fuerte, el más elemental y decisivo), y el que todo es relativo y nada absoluto: esto nunca terminan de verlo. Para ellos, Hegel nunca existió.» Engels, *Carta a C. Schmidt*, 1890.

En el conjunto de la obra de Marx, desde los *Manuscritos parisinos* a *El capital*, el método –la dialéctica materialista– es el fundamento del análisis y expresa «la estructura de la exposición en su pura esencialidad» (Hegel). De la misma

forma que hemos explicado antes la unión entre ser y conciencia en la totalidad que es el ser consciente, Marx concibe en toda su obra la producción capitalista –determinante en último lugar, como un proceso social, como un todo orgánico, en el cual los diferentes elementos distintos se determinan recíprocamente para constituir una totalidad cualitativamente superior. Veamos, por ejemplo, un pasaje de la *Introducción a la crítica de la economía política* donde Marx explica, una vez más, ese proceso global que es la producción, contra todos sus falsos discípulos pasados y futuros, desde los Tougan-Baranowski a los Althusser...

«El resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el cambio, el consumo, son idénticos, sino que todos ellos son miembros de una totalidad, diferencias en una unidad. La producción abarca tanto a sí misma, y supera en la determinación antitética de la producción, como al resto de los momentos del proceso [...]. Una forma determinada de la producción determina, pues, formas determinadas del consumo, de la distribución, del cambio, así como relaciones recíprocas determinadas de estos diferentes factores. Sin duda, la producción en su forma unilateral está también determinada por otros momentos; por ejemplo, cuando el mercado, es decir, la esfera de los cambios, se extiende, la producción gana en extensión y se divide más profundamente. Si la distribución sufre un cambio, también cambia la producción, por ejemplo con la concentración del capital, con una nueva distribución de la población entre la ciudad y el campo, etc. Finalmente, la necesidad del consumo determina la producción. Una acción recíproca tiene lugar entre los diferentes momentos. Esto ocurre en cualquier todo orgánico.

Y cuando el mismo Marx comenta su método, contra todas las desviaciones de su época y del porvenir, precisa claramente: «Mi método dialéctico no sólo es en su base distinto al método de Hegel, sino que es directamente su reverso. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte, incluso bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo de lo real, y lo real su simple apariencia. Para mí, por el contrario, lo ideal no es más que lo material transpuesto y traducido en la cabeza del hombre [...]. La mistificación sufrida por la dialéctica en las manos de Hegel no quita nada al hecho de que él haya sido el primero en exponer, en toda su amplitud y con toda conciencia, las formas generales de su movimiento. En Hegel, la dialéctica anda cabeza abajo. Es preciso ponerla sobre sus pies para descubrir el grano racional encubierto bajo la corteza mística». Marx, *Postfacio a la segunda edición del Capital*, 1873.

Esta puesta de la dialéctica «sobre los pies» ha sido hecha por Marx y Engels en su concepción materialista de la historia. Veamos ahora qué es este método dialéctico.

La dialéctica materialista

Ha sido siempre, metodológicamente, muy difícil exponer «las leyes de la dialéctica», sin deformar, por una exposición simplista, el contenido revolucionario fundamental... Es por esto por lo que anteriormente a este capítulo, hemos criticado ya extensamente las múltiples desviaciones-falsificaciones de este método de destrucción de todo lo que existe. La dialéctica se afirma efectivamente como «la ciencia de la destrucción de toda firmeza». Ya Hegel definió que «el alfa y omega de la dialéctica es que toda cosa tiende hacia su fin»; que ¡todo lo que existe merece perecer! Independientemente del hecho de que Hegel hubiese puesto su método al servicio del orden establecido y que lo utilizase para hacer la apología del Estado burgués, la dialéctica sistematizada por él significa el primer método dinámico de aprehensión de la realidad histórica.

Como dijo Engels: «Los hombres han pensado dialécticamente mucho tiempo antes de saber lo que era la dialéctica» (*El anti-Dühring*), y el mismo Marx indicó claramente la naturaleza de sus relaciones con Hegel: «Mis relaciones con Hegel son muy simples. Soy un discípulo de Hegel y la charlatanería presuntuosa de los epígonos que creen haber enterrado a ese pensador eminente me parece francamente ridícula. Sin embargo, yo me he tomado la libertad de adoptar hacia mi maestro una actitud de crítica, despojando a la dialéctica de su misticismo, haciéndola sufrir así un cambio profundo». (Marx, *El capital*, Libro II.) Esta precisión se impone hoy cuando florecen «los charlatanes presuntuosos», «nuevos epígonos» a lo Althusser (que no hace más que prolongar los disparates de Stalin), para quien la dialéctica (como el conjunto de los «textos de juventud de Marx») no es más que un error de juventud, una influencia perniciosa del hegelianismo, liquidada seguidamente en los escritos de «madurez». Ahora bien, como ya lo hemos subrayado, si Marx no expuso jamás su método en cuanto tal, subrayó en múltiples oportunidades, en especial en *El capital*, que el método de Hegel era el fundamento de su propio método. «La dialéctica de Hegel es la forma fundamental de la dialéctica.» Marx, *Carta a Kugelmann*.

El gran principio general de la dialéctica materialista es la negatividad. Es negativamente, por la crítica despiadada, que puede afirmarse positivamente la posición de los comunistas. «El momento esencial, el momento dialéctico, es el de la negatividad», (Hegel). Lo positivo no es sino el residuo de la negatividad. El comunismo se define, en primer lugar, negativamente, por aquello a lo que se opone. «La crítica negativa viene a ser positiva; la polémica se transforma en una exposición más o menos coherente del método dialéctico y de la concepción comunista del mundo.» (Engels, *El anti-Dühring*.) Toda la obra de los marxistas revolucionarios (al contrario de la de los utopistas), desde de Marx a la Izquierda Comunista, es una obra de polémica, de crítica, de negación de las concepciones burguesas dominantes. Es contra Proudhon y sus discípulos, «reformadores del mundo», gestores del capital, que Marx afirma el fin catastrófico del modo de producción capitalista. Es contra Bruno Bauer y «sus consortes», que Marx y Engels afirman la concepción

materialista de la historia, llevada por la única clase revolucionaria: el proletariado. Es contra Dühring y todos los «cientificistas» innovadores y farsantes, que Engels afirma el método dialéctico como fundamento metodológico del programa comunista. Es tanto contra los economicistas como los terroristas, que Lenin, en el *¿Qué hacer?*, afirma la necesidad del partido combatiente... Toda la historia de la afirmación cada vez más clara de los principios invariantes del comunismo se puede intitular «crítica», «demolición», «negación»; todas las obras del marxismo revolucionario pueden llamarse «el anti...».

Nuestra fuerza es la negación, portadora, ella misma, de su propia negación; esto es «la negación de la negación». Marx lo expresa magistralmente a propósito de la propiedad capitalista: «Los expropiadores son a su vez expropiados. La apropiación capitalista, conforme al modo de producción capitalista, constituye la primera negación de esta propiedad privada, que no es más que el corolario del trabajo independiente e individual. Pero la producción capitalista engendra ella misma su propia negación con la fatalidad que preside las metamorfosis de la naturaleza. Esto es la negación de la negación». *El capital*.

Engels da un ejemplo simple de esta ley fundamental, tomando la transformación dialéctica del grano de cebada en planta: si el grano encuentra un terreno favorable, germina; «el grano desaparece en cuanto tal, es negado, reemplazado por la planta nacida de él, negación del grano. ¿Pero cuál es el proceso normal de esta planta? Ella crece, florece, es fecundada, produce, a fin de cuentas, nuevos granos de cebada, y en cuanto están maduros, el tallo muere, es negado por su parte. Como resultado de esta negación, tenemos de nuevo el grano de cebada del principio». *El anti-Dühring*.

Es en función de este enfoque, que Marx define el comunismo, no como negación simple del capitalismo, sino como negación superior, como una síntesis superior de la contradicción proletariado-burguesía que es el capitalismo. Igualmente, el proletariado, enterrador del capital, del cual es la negación, debe el mismo negarse en tanto que clase para realizar la sociedad sin clases.

No es evidentemente «por azar», el que sea justamente sobre esta cuestión que Stalin, y más tarde Mao, se haya ensañado y haya suprimido «la negación de la negación» de las leyes de la dialéctica, como lo expresa crudamente ese canalla de Althusser: «Stalin puede ser considerado como un filósofo marxista perspicaz, al menos sobre ese punto de haber borrado la negación de la negación de las leyes de la dialéctica», (!!) *Lenin y la filosofía*. El trabajo de la contrarrevolución ha sido siempre el de embotar, el de destruir el lado cortante, demoledor, de la teoría revolucionaria. Atacando el principio de la negación de la negación, la contrarrevolución apunta a inmovilizar el proceso revolucionario para no hacer de él más que una simple continuación radical del movimiento del capital. En lugar de comprender que la contradicción proletariado-burguesía debe resolverse en la síntesis comunidad-humana, que se realiza por la negación de la negación, el stalinismo y sus epígonos se quedan en la simple apología del proletariado, y por lo tanto, del capital. El stajanovismo no es otra cosa que la apología ditirámica del obrero (fuerte, bello, poderoso, disciplinado...) en tanto que explotado, en tanto que vendedor de su fuerza de trabajo, es decir, en tanto que capital.

Esta cuestión, la negación de la negación, que puede parecer «metafísica», revela así ser uno de los fundamentos metodológicos de la teoría revolucionaria, opuesta a las teorías de conservación del orden burgués. La negación de la negación es, por lo tanto, el principio director de todo movimiento; no es solamente la contradicción –tesis-antítesis– lo que es el motor, sino que esta misma contradicción se encuentra a su vez negada.

«El movimiento de lo finito y de lo infinito es el de retorno de cada uno a sí mismo, a favor de la negación. Jugando un papel de mediador, lo afirmativo de cada uno contiene la negación de cada uno, que es la negación de la negación. Aunque ellos no son más de lo que eran en su determinación inicial.» Hegel, *Ciencia de la Lógica*.

De la misma manera, la ley dialéctica de la transformación de la cantidad en calidad, revelada por Hegel, se encuentra confirmada por Marx. Así; el paso de poseedor de dinero a capitalista «confirma la ley constatada por Hegel en su lógica, ley según la cual simples cambios en la cantidad, llegados a un cierto grado, ocasionan diferencias en la cualidad», *El capital*, Libro I.

Pero aquí, como en otras partes, hay que tener cuidado en no simplificar demasiado rápido. Así, a propósito de esta ley, Luckacs hace notar con justeza: «Cuando Engels (en *El anti-Dühring*) da como ejemplo el pasaje del agua, del estado líquido al de hielo o vapor, el ejemplo es justo en lo que con ciería a los puntos de cambio. Pero en este caso se descuida el hecho de que los cambios que aparecen aquí como puramente cuantitativos, toman también un carácter cualitativo en cuanto se cambia de punto de vista. Piénsese, tomando un ejemplo completamente trivial, en el carácter potable del agua, donde modificaciones igualmente ‘cuantitativas’ revisten, en un cierto punto, un carácter cualitativo, etcétera». *La reificación y la conciencia del proletariado*.

Con esta observación de Luckacs, tocamos una de las nociones fundamentales de la dialéctica materialista: la noción de totalidad en un proceso de transformación, tanto cuantitativo como cualitativo.

En efecto, como hemos visto en varios momentos de este texto, la contradicción es la raíz de todo movimiento –«tesis-antítesis»–, pero esta contradicción no se hace realidad sino en el seno de una unidad. Toda unidad contiene su

contradicción, y toda contradicción solo puede expresarse en el seno de una categoría superior: la unidad. «La dialéctica puede ser definida brevemente como la teoría de la unidad de los contrarios». Lenin, *Cuadernos filosóficos*. Por ejemplo, la contradicción fundamental entre el valor de uso y el valor de cambio sólo existe mediatizada en y por la unidad que es la mercancía. Cada elemento del todo, de la unidad, sólo se hace realidad en su relación con la totalidad. En este sentido, la unidad mercancía es cualitativamente superior a la suma de las cualidades de los elementos que la constituyen. Y en su brillante síntesis de las concepciones del «fundador del materialismo dialéctico, independientemente de Marx y Engels», el obrero curtidor Joseph Dietzgen, Pannekoek explica la unión dialéctica entre ser y pensamiento, que se unifican en una totalidad, constituyendo el mundo en su integridad: «Los fenómenos espirituales y materiales, es decir, la materia y el espíritu reunidos, constituyen el mundo real en su integridad, entidad dotada de cohesión en la que la materia ‘determina’ el espíritu, y el espíritu, por intermedio de la actividad humana, ‘determina’ la materia. El mundo en su integridad es una unidad, en el sentido de que cada parte no existe más que en cuanto parte de la totalidad y está enteramente determinada por la acción de ésta; las cualidades de esa parte, su particular naturaleza, están por tanto formadas por sus relaciones con el resto del mundo. El espíritu, es decir, el conjunto de las cosas espirituales, es una parte de la totalidad del universo y su naturaleza consiste en el conjunto de sus relaciones con la totalidad del mundo, y es esta totalidad la que le oponemos en tanto que objeto del pensamiento bajo el nombre de mundo material, exterior, real. Por lo tanto, si atribuimos la primacía a este mundo material con relación al espíritu, esto significa, según Dietzgen, simplemente que el todo es primordial, y la parte, secundaria. Encontramos ahí el verdadero monismo, aquel donde el mundo espiritual y el mundo material forman un conjunto unido». *Lenin filósofo*.

La cualidad superior, «primordial», del todo sobre la parte, patente en esta cita, no debe hacernos olvidar que, en ciertos momentos particulares, la totalidad puede ser explicada por una de sus partes constituyentes; que por mediación de un elemento particular, podemos –gracias al método dialéctico– recomponer el conjunto que expresa la totalidad. «Se podría decir [...] que el capítulo de *El capital* sobre el carácter fetichista de la mercancía oculta en el todo el materialismo histórico, todo el conocimiento de sí del proletariado, como conocimiento de la sociedad capitalista.», Lukacs. Del mismo modo, podríamos nosotros explicar dialécticamente la totalidad que es el modo de producción capitalista a través de una de sus características: el asalariado. Esto es, por otra parte, lo que Marx hizo cuando explica que «el capital supone así el trabajo asalariado, y el trabajo asalariado, el capital.» *Trabajo asalariado y capital*. La parte, el momento particular, no es un simple trozo de una totalidad que se podría recomponer a partir de la suma de todos sus trozos; cada parte oculta la posibilidad de desarrollar –gracias a la dialéctica– toda la riqueza de contenido de la totalidad: «El método dialéctico no se distingue del pensamiento burgués solamente porque aquél es capaz del conocimiento de la totalidad, sino porque el conocimiento no es posible más que por la relación del todo a las partes, diferente en principio a la que existe en el pensamiento reflexivo. En resumen, la esencia del método dialéctico consiste –desde este punto de vista– en que en todo momento, comprendido de manera dialécticamente correcta, está contenida la entera totalidad y que a partir de cualquier momento se puede desarrollar el método entero». Lukacs

El materialismo vulgar no verá en general más que elementos separados, fijos, parciales y (si es inteligente) contradictorios. La dialéctica, en cambio, comprenderá estos elementos dinámicamente, en función de una abstracción cualitativamente superior, la totalidad. Ya Hegel decía: «¡El todo es la verdad!». El método marxista es así despejado: es la totalidad histórica la que se debe captar primordialmente para llegar a comprender los acontecimientos presentes, pasados y futuros. Para entender desde el punto de vista proletario cada acontecimiento de la historia humana, hace falta en primer término y de la manera más global posible, situarlo en su dinámica con la totalidad del arco histórico, desde la comunidad natural al comunismo integral. El método dialéctico marxista permite así ir de lo más abstracto a lo más concreto, y seguidamente retomar desde la apariencia inmediata de los acontecimientos para situarlos de nuevo en su totalidad. Este paso fundamental representa tanto la crítica del empirismo –materialismo vulgar–, para el que toda la historia no es más que una colección mas o menos ordenada de hechos fijos, como la crítica del idealismo, para el que la realidad no es más que «la forma objetiva del espíritu humano».

Hemos así intentado, brevemente, con este texto, despejar algunos aspectos esenciales del método marxista: la dialéctica materialista. Nos queda repetir con Pannekoek que «la comprensión plena y entera del marxismo no es posible más que en unión con la práctica revolucionaria».

Nota sobre Lenin filósofo

Podríamos insistir largamente en una crítica detallada del texto de A. Pannekoek / J. Harper. Principalmente, es el método del mismo (escrito en 1938) lo que deja mucho que desear, porque se intenta demostrar, a posteriori, una posición que es contrarrevolucionaria (idéntica a la de los mencheviques), según la cual la revolución rusa y el partido bolchevique no habría sido más que una revolución nacional burguesa, dirigida por un partido burgués radical-jacobinista. Harper y Pannekoek se remontan al debate de 1908 entre Lenin y la tendencia «machista» (de E. Mach) de Bogdanov y Lunatcharski. En su análisis, Pannekoek no tiene en cuenta la práctica real de la fracción de Lenin y sus tentativas de ruptura con la socialdemocracia (paradójicamente, paralelas a aquellas de Pannekoek, excluido en 1908 del Partido Socialdemócrata Holandés, adherente con Lenin a la izquierda de Zimmerwald, fundador del Partido

Comunista Holandés, sección de la Internacional Comunista..., ¿errores de juventud?). Aún peor, Harper llega hasta liquidar la inmensa resonancia internacional de la insurrección de Octubre de 1917, su carácter directamente mundial y obrero (como el carácter mundial del capitalismo), reconocido espontáneamente por miles de obreros en el mundo, así como en su momento, por Pannekoek mismo.

Pero veinte años después, mediante la contrarrevolución, la revolución de octubre no había sido para Pannekoek más que un fenómeno local y burgués, que había, por el maquiavelismo de Lenin, embaucado a la vanguardia mundial. A la vez que niega el carácter proletario de octubre de 1917 y el papel fundamental del Partido Comunista, niega el contenido internacionalista y proletario de esta revolución, ratificando así toda la política stalinista. Intenta en efecto demostrar con la ayuda de sus fallos, la «perfecta continuidad» que existiría entre Lenin —o la fantástica ola de lucha internacional— y Stalin —o el «socialismo en un solo país»—, lo cual intentan en vano demostrar todos los fervientes defensores de este último. Pannekoek finge ignorar de este modo lo esencial: la ruptura de clase entre, por un lado, la revolución mundial, y por el otro, su degeneración y la victoria de la contrarrevolución.

Por otra parte, la crítica hecha por Pannekoek al texto de Lenin *Materialismo y empiriocriticismo –Notas críticas sobre una filosofía reaccionaria–*, está a menudo bien fundada; en ella demuestra con justeza que Lenin, en su crítica de E. Mach, cae en el materialismo vulgar, en el culto a la cultura, a la materia física, en el positivismo cientificista, etc. Pero, en esta misma crítica, él no cae menos en un enfoque de «marxismo occidental» (pretendidamente opuesto al «asiático feudal» de Lenin), marcado por el más puro libre arbitrio, y la libertad de crítica. Esta posición «libertaria» niega el carácter determinado que tiene el marxismo revolucionario, para el cual, contrariamente a Harper y Pannekoek, la revolución es concebida (pensada y preparada) como un hecho ya acaecido, y no como una hipótesis de trabajo entre otras. En este sentido, Pannekoek se incorpora a otra escuela de pensamiento «marxista» burgués, atacada justamente por Lenin en el *¿Qué hacer?: el economismo*, y su complemento, el *espontaneismo* —teorizado algunos años después en su libro *Los consejos obreros*.

El error materialista vulgar que comete por lo tanto Pannekoek es el de intentar demostrar el carácter burgués de la URSS con una argumentación «en un solo país», enteramente separada de la comprensión de que el capitalismo es una relación mundial. Cae en el más puro fatalismo mecanicista (adoptado también por la banda menchevique): «Rusia es capitalista; la revolución no ha podido por lo tanto ser más que burguesa, y Lenin con ella; todo está resuelto; [...] no hay lecciones que sacar, no hay más que empezar de nuevo». (¡!). Es con este tipo de razonamiento con el que son liquidadas las únicas experiencias y lecciones de la más formidable fase de lucha del movimiento obrero: sus principios políticos.

Notas

1. Engels utilizó esta expresión para explicar los cuarenta años que hubo de esperar la publicación de *La ideología alemana*.
2. Cf. «Presentación» en *Le Communiste*, número 6.
3. Empleamos indistintamente materialismo histórico y materialismo dialéctico, no pudiéndose aplicar este último más que a la historia humana, la cual no puede ser comprendida como proceso histórico global, sino gracias a la dialéctica materialista.
4. Luckacs, transformado en ardiente celador del realismo stalinista, renegará como otros renegados, de sus «errores de juventud». K. Korsch y Pannekoek, por el contrario, intentarán continuar el arduo trabajo de 1ª defensa del marxismo revolucionario, pero caerán algunos años después en la ideología consejista. Sólo Bordiga, después de un largo eclipse, retomará este duro trabajo hasta su muerte en 1970.
5. Es evidente que aún hoy, en la totalidad que representa la ideología burguesa, el materialismo vulgar-cientificista... se complementa perfectamente con la recrudescencia y la proliferación de las sectas religiosas, así como con el resurgir de la popularidad del papa y otros gurús. Hoy como ayer, «la religión es el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón, de la misma manera que ella es el espíritu de un mundo sin espíritu. Ella es el opio del pueblo». Marx, *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*.
6. El capital, en tanto que valor en proceso, produce por él mismo cada vez más esta necesidad de reformarse continuamente y esto a todo lo largo de su existencia.
7. Sobre este tema, ver nuestro texto *Abajo el trabajo*, en *Action Communiste*, número 4.

PERLAS DE LA BURGUESIA:

¡PIENSA UD. QUE SEA POSIBLE EVITAR LA DICTADURA DEL PROLETARIADO PRESIDENTE ALLENDE?"

Periodista (1): «En Chile... ¿quién detenta realmente el poder?».

Allende: «Por el momento son aún las potencias del dinero, pero, poco a poco, pasa a nuestras manos. Hoy en día, el pueblo está en el gobierno y llegará rápidamente a asegurarse el poder. Hemos escogido nuestra propia vía, que es diferente a aquella que siguieron otros pueblos. Se trata de una vía auténticamente chilena, adaptada a la realidad chilena, con métodos chilenos. No hay una experiencia análoga a ésta en todo el mundo. El socialismo no se impone por decreto ni por un golpe de magia.

Desde el punto de vista económico, nuestro programa prevé tres sectores bien distintos: el sector estatal o social, el mixto y el privado. De ninguna manera se trata de socializar toda la economía. Además, acá contamos con muchos partidos. Hay muy pocos países en el mundo donde el socialismo existe, digamos, como expresión de una democracia organizada en partidos, en gobiernos. En Chile tenemos los partidos del gobierno y 1os partidos de oposición».

Periodista: «¿Piensa usted que sea posible evitar la dictadura del proletariado, señor presidente Allende?».

Allende: «Yo creo que sí. Es para eso que nosotros trabajamos. El futuro nos dirá si tuvimos o no razón. Hoy en día pensamos que es posible realizar ese objetivo, aunque no sea fácil. Para poder alcanzar ese objetivo, es indispensable obtener una participación auténtica de los trabajadores, no solamente a nivel político, sino también a nivel económico y social. Creemos que es la única manera de pasar de una democracia formal a una democracia concreta. Ya hemos demostrado, a través de algunos hechos concretos, cómo concebimos la participación de los trabajadores en el ejercicio de poder. Acabamos de crear el Consejo Nacional de Campesinos. Así podrán ellos indicar cuáles son sus opiniones acerca de las tierras que tienen que ser afectadas para la expropiación, cuáles son 1os patrones que no cumplen con su deber, es decir, los campesinos tendrán una participación activa, responsable. En el ámbito industrial haremos todo lo posible para que los obreros sean representados en la dirección de las empresas del Estado y de las empresas mixtas, privadas».

Nota:

1. *Le Monde*, 7-8 febrero de 1971, entrevista efectuada por el periodista Claude Buhner.

*

DE COMO SE FALSIFICA Y DISTORSIONA LA HISTORIA DE NUESTRA CLASE

En el número ocho de *Comunismo* presentamos a los lectores el periódico *El Productor*, publicado en Cuba por militantes revolucionarios en ese período y subrayamos que el mismo es una expresión de la lucha contra la democracia llevada adelante por el proletariado internacional en los difíciles años ochenta del siglo pasado. Los que leyeron atentamente tanto el texto de *Presentación* como los textos propios de *El Productor* pueden comprender a fondo la envergadura de la distorsión y falsificación que mencionaremos a continuación.

Se trata de un libro (que no conocíamos cuando publicamos el citado número de *Comunismo*) cuyo autor nominal es un tal Tellería Evelio. El libro se titula *Los Congresos obreros en Cuba*. Para dejar bien claro que lleva el sello oficial del Partido y el Estado de Cuba, el prólogo lo firma la Dirección política de la FAR (1). En dicho prólogo, escrito por tales señores del actual régimen, queda totalmente claro que el valor que le dan al libro es el de establecer una continuidad entre las primeras organizaciones obreras de Cuba y el régimen actual. Es decir, ni más ni menos, que entre aquellas organizaciones del proletariado revolucionario que en el siglo pasado luchaban contra todo el capital («extranjero y nacional») y su Estado, contra la patria y la democracia y..., el actual Estado capitalista cubano, su gobierno, sus sindicatos, y ¡¡hasta sus Fuerzas Armadas!! Y para sellar la obra, al final se le agrega un conjunto de fotos, de las cuales, la primera es la de la primera página del número dedicado por *El Productor* a los ejecutados en Chicago, luego vienen unas cuantas con distintos aspectos de los Congresos Obreros, hasta que se llegan a las de un conjunto de señores sindicalistas ¡¡con el señor Fidel Castro como centro!!

Claro que semejante falsificación no se puede hacer fácilmente; los equilibrios que hace el señor Tellería para presentarnos a los sindicalistas y milicos actuales como diferentes a los que los revolucionarios enfrentaban en el siglo

pasado serían dignos del mejor trapequista. Ese señor tiene como **única ventaja la ignorancia** del público al que el libro va dirigido en la historia del proletariado en general, y la del de Cuba en particular.

A nosotros, que conocemos sólo algunos aspectos de dicha historia y algunos números de *El Productor*, no nos pueden pasar gato por liebre y cada hoja del libro (que no tuvimos la paciencia de leer a fondo) deja al descubierto la brutal maniobra.

Veamos cómo comienzan esas primeras líneas, escritas por los, como dijimos, jefes políticos de los perros guardianes del orden contrarrevolucionario en Cuba: «El proceso revolucionario que vive nuestra **Patria** [sic. En mayúsculas en el original. NDR] se caracteriza por la relación constante entre lo nuevo que se construye la obra pujante de un pueblo [sic] total y definitivamente liberado [sic] y sus más puras y genuinas raíces [sic], formando de ese modo una poderosa unidad histórica [sic] en que ambos factores se completan mutuamente [sic]. Es por ello inaplazable la tarea justa de ahondar y profundizar en las raíces de este pueblo. Comandante Fidel Castro [sic], 10 de octubre de 1968 en la Demajagua».

Es decir, esa «poderosa unidad histórica en que ambos factores –lo nuevo y lo viejo– se complementan mutuamente» está basada, para el señor Castro y los otros milicos cubanos, en la **patria**. En realidad, realizan una inmundicia maniobra sobre la palabreja «patria», pues lo único que pueden encontrar de común entre ellos y el proletariado revolucionario del siglo pasado (y de este siglo) en Cuba, es el de habitar ese mismo territorio, pues entre los intereses, la lucha, los planteos de una y otra fuerza social, siempre hubo y habrá un enorme abismo de clase. Para los milicos cubanos de hoy, como para los de ayer, lo importante es la patria; el hecho de que **a esa estructuración del capitalismo en Estado** se le adhiera el adjetivo «socialista» o «revolucionario» no cambia absolutamente nada, pues el socialismo, el verdadero, el de la abolición del trabajo asalariado, es la negación total y brutal de todo tipo de patrias, fronteras, naciones, religiones...

Patria, defensa de la patria, trabajar por la patria, morir por la patria, he ahí los discursos y eslóganes de los que pretenden continuar la obra de los revolucionarios socialistas. Pero, estos milicos y socialistas patriotas no pueden escapar a la sentencia terminante que hace un siglo hiciese el proletariado revolucionario en Cuba, a través de su órgano *El Productor*: «Ser patriota equivale a ser asesino» (2).

El método de distorsión y falsificación que realiza el Estado capitalista, cubano, a través de su agente, el señor Tellería, es en grandes líneas el que describimos en el texto *Reconstituir la historia del proletariado revolucionario*, páginas 38 a 51 de *Comunismo*, número 8. Se alaba a los revolucionarios, pero se supeditan totalmente sus opciones a las salidas políticas de una u otra fracción de la burguesía; luego, todo lo que demuestra el antagonismo entre las organizaciones clasistas y revolucionarias y los actuales señores con los cuales se pretende construir una continuidad programática se oculta o se cae «inevitablemente bajo el calificativo de anarquismo, dado a la vez como sinónimo de fase infantil del movimiento proletario» (ver página 40). Se llega así a afirmar que el proletariado, al ir madurando y abandonando su fase infantil, «comprende la importancia de la cuestión nacional, popular y antiimperialista» y termina..., ¡¡¡haciéndose castrista!!!

Sigamos brevemente tales pasos en el libro de Tellería, únicamente en la parte destinada a *El Productor*, los Congresos obreros de 1887 y 1892, y a los juicios abiertos contra los principales militantes claramente revolucionarios.

El Productor es presentado así: «También por esos años nacieron varios periódicos obreros, pero El Productor significó el prototipo de la prensa obrera revolucionaria, insobornable e indoblegable». Luego de referirse a sus componentes se dice: «Si se toman en cuenta estas circunstancias de tiempo y lugar se comprenderán mejor ideas y acciones registradas en esa época, en que no puede desconocerse que las ideas [sic] fundamentales que se enfrentaban eran políticas [sic], el integrista [sic] o el autonomista [sic] y el separatista [sic]».

Es una **falsificación grosera, inmensa, gigantesca**. Ese movimiento obrero que se unificaba independientemente de la procedencia de los militantes, en base a sus intereses de clase, y que declaraba abiertamente que no hacía ninguna diferencia entre todas las fracciones del capital, y que había que enfrentarlas a todas, se lo presenta de acuerdo a las alternativas políticas de las fracciones del capital o ¡¡¡la independencia a el españolismo!! Es como cuando se alaba a Marx y se nos dice que hizo la teoría del proletariado, y luego se nos dice que hay que trabajar mucho para ser buenos proletarios. La alabanza del principio a los compañeros de *El Productor* equivale a pasar la mano por el lomo que se le hace a un animal para que se afloje, al mismo tiempo que se busca el lugar para clavarle el cuchillo. Es decir, muy «buenos compañeros obreros, insobornables e indoblegables..., centraban todas sus preocupaciones en la política de autonomía de la patria».

La descripción de los Congresos de 1887 y 1892 que el libro presenta es un oscuro relatorio de hechos, donde las preocupaciones proletarias de lucha contra el capital, de asociación, de unión internacional, sólo se mencionan por arriba y en la medida en que no pueden ocultarse (dado que hasta el título y los llamados de todos los Congresos hacen referencia explícita y exclusiva a ello), pero todo tiende a la demostración central, según la cual los más avanzados eran los patriotas y ¡el interés de los obreros era el «cubanismo»!

«Temas tan radicales para aquella época [sic] y para un lugar tan atrasado [sic] como era entonces Cuba, como la jornada de ocho horas, el derecho de huelga, la necesidad de crear, una organización proletaria centralizada y unitaria, la igualdad racial o el cese de la discriminación étnica, y nada menos [sic] que el reconocimiento del derecho [sic] que tenía nuestra colonizada isla a luchar por su emancipación [sic].»

El enfrentamiento entre el proletariado revolucionario y el capitalismo se camufla como una lucha entre nacionales y coloniales, y entre congresistas nacionales y autoridades coloniales: «En 1892 se efectuó el Congreso Regional Obrero de la isla de Cuba [...] con la asistencia de más de mil delegados de distintos sectores laborales y de diversas poblaciones [sic] cubanas; fue en verdad lo que hoy llamamos [sic, sic] un Congreso Nacional [sic] (3). [...] El hecho de que las autoridades coloniales españolas [sic] (4) dictaran la suspensión de esta reunión, encarcelaran a los más destacados participantes en ella, e instituyeran un proceso judicial es una elocuente muestra de la importancia política e ideológica que tuvo ese evento (5)».

Para dejar bien claro que lo que les importa a ellos no son las luchas por los intereses proletarios (trabajar menos, apropiándose de la mayor cantidad posible del producto social en la lucha por la revolución proletaria), pues no vaya a ser que quede demasiado evidente la identidad entre todos los gobiernos de Cuba (¡o de cualquier lado!), antes de la independencia, después de la independencia, con Fidel o sin Fidel, el autor derrocha alabanzas cubanistas: «El diario de discusión, de apreciable cubanía [sic], reseñó ampliamente el referido congreso», página 35.

Y cuando encontró un obrero participante en el congreso que se hizo cubanista, lo destaca frente al resto de todos los proletarios como héroe: «Firmaban la propuesta que se aprobó Máximo Fernández, Enrique Creci (**patriota** [sic] que cayó años después como glorioso *mambi* [sic] (6)), Anselmo Álvarez, Sandalio Romaella, Gerardo Quintana...».

Y sigue una larga lista de nombres de la cual ningún otro proletario se hace acreedor a ese reconocimiento y condecoración posmortum efectuada y otorgada por el actual gobierno patriota.

En cuanto a las posiciones proletarias del movimiento, como es habitual y siguiendo la conocida metodología de la falsificación, se las define, incluso contra lo que decían los propios protagonistas, como pertenecientes al «anarquismo» con lo que se hace deliberadamente una amalgama con posiciones totalmente diferentes (ver Comunismo, número 8, páginas 39 a 43).

«[...] la exaltación del socialismo revolucionario como la ideología [sic] que convenía al movimiento obrero fueron planteados en ese Congreso [y entre paréntesis viene la puñalada, NDR]. (Debemos aclarar que en esos tiempos, llamaban 'socialismo revolucionario' al anarquismo [sic], según se señala en *El Militante Comunista*, en marzo de 1972, página 61).»

Es decir, que como autoridad moral para reinterpretar «la ideología» del proletariado revolucionario de la época se apela, ni más ni menos, que a un ¡¡órgano del actual Estado capitalista cubano!! Dada la seriedad de la fuente, queda, pues, totalmente probado que todas las «desviaciones» eran debidas al «anarquismo», en especial, aquellas que consistían en luchar indistintamente contra la burguesía españolista o independentista.

Con dicha construcción, es lógico que se reinterprete absolutamente todo, hasta lo que dicen los militantes revolucionarios. Veamos un solo y gran ejemplo al respecto, para que el lector vea bien el contraste entre lo que dice el señor Tellería y lo que cita de un militante revolucionario de la época, subrayamos las palabras de este último: «Eduardito [se refiere a Eduardo González, NDR] aprovechaba su deslumbrante e impresionante elocuencia para propugnar **una organización que responda al movimiento progresivo de los principios emancipadores del socialismo moderno [...]. Esa organización ha de verse representada por la bandera roja, símbolo del socialismo revolucionario**'. Decía que **'aunque muchos trabajadores discrepen en el terreno de los principios, no debe ser así en el terreno económico'**; y en su ultraradicalismo [sic], se apasionaba tanto que ponía al mismo nivel al español [sic] reaccionario [sic] y al cubano [sic] independentista [sic], si no eran de su ideología ácrata [sic]. Por eso afirmaba: **'Soy enemigo del integrista como del separatista, estrecho su mano cuando hay que ponerse enfrente del burgués'**. Obviamente, dentro del confusionismo [sic] ideológico [sic] imperante se producían matices entre los ácratas [sic].»

¡¡¡¡Así se escribe la historia!!!!

En realidad, la claridad y firmeza de las posiciones de clase de «Eduardito» (¡tomando incluso y exclusivamente lo citado en el libro escrito por sus enemigos!) contrastan con el «confusionismo ideológico» impresionante del señor agente del orden Tellería.

Para nosotros, como para cualquier proletario revolucionario en el mundo, el mensaje de aquel militante del siglo XIX no contiene ambigüedad ninguna: 1. Reivindica la necesidad de una organización que tenga como posiciones las del «socialismo revolucionario» (7).

Sostiene que a pesar de que haya discrepancias entre los trabajadores en el terreno de las ideas (de los «principios»), se requiere 1a total unidad en la defensa de sus intereses («terreno económico»).

3. Declara en base a esto su enemistad profunda contra ambas alternativas del capital: integracionista o separatistas, (aunque sean trabajadores los que se definan en dichas opciones contra sus propios intereses).

4. Señala, en base a todo esto, que la unidad de los trabajadores («estrecho su mano...») se da, no en la lucha por una u otra salida patriótica, sino contra el burgués, es decir, contra el capitalismo.

He ahí todo un programa revolucionario que el señor Tellería ensuciará. Repitamos esa frase interpretativa del señor Tellería con nuestros sic, que explicaremos, porque en esa sola frase se trasluce y concentra todo el método de la falsificación de nuestra historia: «Y en su ultraradicalismo [sic], se apasionaba tanto [sic] que ponía al mismo nivel al español [sic] reaccionario [sic] y al cubano [sic] independentista [sic] si no eran de su ideología ácrata [sic]».

1. Una posición tan fundamental para el proletariado como la lucha por sus propios intereses y el desprecio de toda lucha por la patria (8) es desprestigiada, ensuciada, ¡cómo si fuese el producto de un apasionamiento momentáneo; un ultraradicalismo infantil!

2. Pero además «Eduardito» no había hablado para nada de español y de cubano, sino de dos opciones políticas, separatismo e integrismo, ambas totalmente burguesas, y declaraba rechazarlas. Sutilmente, el señor Tellería asocia separatismo con cubano e integrismo con español, transformando dicha condena en una cuestión de españoles y cubanos, que no viene para nada al caso. En realidad, habían españoles que estaban con el integrismo, como los había también que estaban con el separatismo; y pasaba lo mismo con los cubanos, así como había también otras fracciones del capital internacional que apostaban por una u otra salida. Por ejemplo, la gran mayoría del capital norteamericano era separatista y «cubanista».

3. Desde el punto de vista obrero, toda esa cuestión de oponer «españoles» a «cubanos» es una gigantesca maniobra de falsificación, que ya en la época era enfrentada por esos grupos internacionalistas del proletariado, incluidos esos congresos obreros (y *El Productor*, constituido indistintamente por obreros de origen cubano o español), donde se condenaba violentamente toda tentativa del capital de introducir diferencias entre los proletarios por su origen nacional.

4. Qué decir entonces de la asimilación absurda que hace el autor entre «español y reaccionario» y «cubano e independentista» (9)? En realidad, también había (¡y sigue habiendo!) tanto **cubanos reaccionarios**, como españoles independentistas. Pero en el fondo, separatismo o integrismo son opciones total e igualmente reaccionarias frente al comunismo. Los que se oponían a dicha opción global reaccionaria desde el punto de vista del proletariado no tenían patria, independientemente de que su origen fuese Cuba o España.

5. Lo de la «ideología ácrata» es el sello final para condenar la posición del proletariado revolucionario en la época de lucha intransigente contra el integrismo y el separatismo. En realidad, Eduardo González no parte de ninguna ideología, sino de los intereses reales del proletariado en su lucha contra la explotación. En efecto, mientras separatismo e integrismo, liberación nacional de España (con apoyo de la burguesía norteamericana) y continuación del estatuto colonial..., como opciones que representan los intereses fraccionales del capital mundial, sólo pueden presentarse como diferentes a los obreros, en tanto que **ideologías**, pues la situación real, social de la explotación del proletariado, no cambia en absoluto ante el triunfo de una u otra de estas opciones; la lucha contra ambas opciones del capital no parte de ninguna ideología (¡«ácrata!»), sino de las necesidades de la vida misma, de las tripas de hombres, mujeres y niños que se rebelan cotidianamente contra la explotación del capital, independientemente de la banderita que éste utilice para mejor cumplir con su cometido histórico.

Con este ejemplo de falsificación histórica monstruoso, hemos intentado poner al descubierto el **método** que se utiliza. El Estado cubano, sus milicos, sus censuradores, sus escribas, no son una excepción, sino la regla. Así se hace la historia; así se engaña al proletariado sobre su propia historia; así se construye una **ideología por la cual se lleva a los obreros a ser agentes de su propia explotación y masacre**: «Vivan las luchas obreras, viva la independencia cubana, viva Fidel».

Está totalmente claro que si no tuviésemos una sólida concepción internacionalista, basada en el marxismo revolucionario y si no conociésemos algo sobre la trayectoria del proletariado en Cuba, se nos podría hacer creer la tremenda mentira de que, salvo el infantilismo anarquista, los congresos obreros y la prensa obrera, en esa isla fueron buenos patriotas cubanos y apoyaban a José Martí.

Fue exactamente eso lo que sucedió en los años veinte con la Tercera Internacional (10), donde se combinaron una concepción nacional y democrática de la revolución (ruptura totalmente insuficiente con la Segunda Internacional

contrarrevolucionaria), con una impresionante ignorancia sobre la historia del proletariado y el comunismo fuera de Europa, lo que llevó a dicha organización, primero, a hacer el juego de las burguesías en el reclutamiento del proletariado para una lucha democrática, supuestamente antiimperialista, y luego a colocarse directamente en el campo de la lucha interimperialista.

He ahí toda la importancia de reconstituir la historia real del proletariado internacional, y del movimiento comunista, contra todas las falsificaciones, lo que no puede hacerse sin apropiarse del materialismo dialéctico y del programa teórico del comunismo, que permite establecer terminantemente que la revolución social del proletariado no es la prolongación de la revolución capitalista, nacionalista, democrática (como sostuvieron la Segunda y Tercera Internacional), sino que por el contrario desde su punto de partida (lucha contra la explotación y el Estado), a su punto de llegada (comunidad humana mundial) es su negación más violenta y brutal.

Notas

1. El libro fue publicado en La Habana por el Instituto Cubano del Libro en 1973, y no es por casualidad que obtuviera el Premio de Historia: Investigación, Concurso 26 de julio. Su autor, según consta en el libro, tiene entre otros los siguientes «méritos»: «Es miembro de las milicias y de los CDR, del Sindicato de la Prensa y el Libro, y ostenta los galardones de periodista destacado, de la UPEC y trabajador de avanzada de *Granma*». Contratapa.

2. Del artículo *Antipatriotas sí*, del 10 de agosto de 1890. *Comunismo*, número 8, página 28.

3. ¿Es aún necesario decir que en lo que hoy se llama congresos nacionales de los trabajadores cubanos no existe la más mínima expresión de la lucha del proletariado contra el capitalismo, el trabajo asalariado, el Estado, sino que son por el contrario la centralización estatal de un aparato que tiene por función fundamental el aumentar los ritmos de trabajo y la extensión de la semana laboral (trabajo «voluntario»), es decir, aumentar la plusvalía, la explotación obrera, función necesariamente acompañada del control de la disciplina laboral, de la lucha contra el sabotaje de la producción, de la explotación capitalista...?

4. ¡Cómo si el período más oscuro del movimiento obrero en la isla de Cuba, donde prácticamente no se conoce nada del avance proletario, debido a la represión, no haya sido precisamente bajo la república y bajo la presidencia de cubanistas indiscutibles: sobre todo desde la independencia, en 1914, y durante las dos últimas décadas!

5. Páginas: 34 y 35.

6. *Mambis* se denomina en general al que luchaba contra la soberanía española.

7. «Socialismo Revolucionario» para distinguirse del socialismo a secas, que en Cuba, como en el mundo entero, se identificaba cada vez más con socialdemocracia, con reformismo capitalista.

8. Desprecio, no indiferencia, sino por el contrario declaración de enemistad y guerra contra todos los luchadores por la patria.

9. Téngase bien en cuenta que hay una doble falsa asimilación. Primero entre separatista-integrista (opciones del capital) y cubano y español (origen, lugar de nacimiento); segundo entre el lugar de nacimiento y la posición política reaccionaria o no. Doble asimilación a la que el autor le agrega su reaccionaria visión del mundo y sus implícitos juicios de valor «ser independentista es ser progresista, ser integrista es ser reaccionario».

10. Ver: *La Izquierda Comunista en la India*. *Comunismo*, número 7.

SUBRAYAMOS:

AMÉRICA LATINA: HACIA UNA NUEVA FASE DE LUCHA DE CLASES

Ante la reemergencia mundial del proletariado no hay regiones seguras, tranquilas, para la acumulación del capital. En Latinoamérica, la imponente derrota sufrida por el proletariado del Cono Sur marcó un bajón indiscutido, que, aunque fue relativo, abarcó todo el continente (incluidas América Central y del Norte) y el mundo entero entre 1973 y 1979 y 1980. Entre la paz de los cementerios, los desaparecidos, los torturados en el Cono Sur, las «nuevas aperturas democráticas» que vivieron regiones con fuertes luchas de clase en el pasado, y las soluciones contra el proletariado estilo sandinista,

toda esa región en donde el capital no podía prometer más que más hambre y garrote al proletariado, generó muchas ilusiones sobre una estabilidad relativa (1) en todas las fracciones de la burguesía latinoamericana, norteamericana y mundial.

Ahora, como lo hemos señalado en números anteriores, incluso esa estabilidad comienza a llegar a su fin. Hoy tenemos una importantísima situación de lucha de clases en Bolivia y Ecuador, y en Perú, Colombia y Brasil hay también luchas importantes. Pero además, aquellas zonas en donde el modelo de dominación burguesa se consideraba estable por algún tiempo, está hoy francamente en crisis: Chile, Argentina, Uruguay, Cuba, Nicaragua... En el Cono Sur hay incipientes tentativas de organización clasista, ante las cuales se comienza a preparar las sustituciones, los cambios, las lavadas de cara, para que lo esencial quede entero y que no haya venganzas. Cuba duró muchos años como mito, pero todas sus imitaciones (Nicaragua, gobierno populista de El Salvador en 1979, Granada, etc.) resultaron cuestionadas de inmediato por la insatisfacción del proletariado y la continuación de la lucha de éste. Hoy no sólo el modelo cubano de capitalismo y terrorismo estatal sigue el mismo ritmo de derrumbe que las del Cono Sur, sino que sus malas imitaciones se desenmascaran y derrumban a un ritmo inesperado. El sandinismo, por ejemplo, no ha dado los resultados esperados por la burguesía mundial en el control del proletariado de la región, que hoy cuestiona abiertamente a los continuadores de Somoza, y ni siquiera el mito de la contradicción entre el cuco de los yanquis y los sandinistas liberadores ha resistido bien.

Las «democratizaciones» a realizar en el Cono Sur se sienten como algo para evitar, suavizar y postergar el estallido el enfrentamiento que, desde lo más profundo de las contradicciones sociales y la crisis, comienza a mostrarse nuevamente como inevitable y más decisivo que en el pasado. Eso mismo muestra los límites de tales «democratizaciones». Dicho sentimiento es compartido por ambas clases de la sociedad, aunque dicha coincidencia sea meramente fortuita y por razones diversas. Desde el punto de vista de la burguesía es lógico, la táctica actual coincide con sus intereses estratégicos. Desde el punto de vista del proletariado, que durante casi una década fue sanguinariamente negado como clase, ello refleja aún la debilidad, la atomización. Para los sectores más atrasados y ampliamente mayoritarios, que representan en el proletariado en reconstitución el peso mismo de la contrarrevolución, se trata de la absurda búsqueda del «mal menor». Para los sectores más decididos, que saben que la burguesía se lavará 10.000 veces la careta democrática y que nada tienen que ganar en dicho campo, que comprenden la profundidad de la derrota, el postergamiento del estallido es un dato objetivo que no pueden impedir voluntariamente, dado que desde el punto de vista del proletariado corresponde objetivamente a una nueva fase de reorganización que recién ha comenzado. Pero el proletariado empieza a reidentificarse consigo mismo en la cotidiana lucha contra la explotación, en la lucha por sacar a los presos; en posibilitar, sobre la base de la lucha, la no-represión de los requeridos (incluidos los del exilio)..., pero sobre todo (y hoy es una clave de la autonomización de la clase obrera contra la burguesía en la oposición) por el rechazo a volver a lo mismo de antes, por la desconfianza y el rechazo con respecto a todos los diálogos y proposiciones acerca de las amnistías; porque hay conciencia de que otra vez todo se intenta cocinar sobre sus cabezas y con sus cabezas, para encontrar algún chivo expiatorio e impedir el terrorismo revolucionario, y de forma más modesta el ajusticiamiento de todos los que participaron en el terrorismo de Estado..., en fin, por saber que los que esperan para entrar en el Estado son los mismos de siempre, sus enemigos de siempre, y que, como siempre, ofrecen miseria y palo.

Ni hablar del fiasco de las redemocratizaciones realizadas. De lo poco que están siendo eficientes, las mismas caretas ya gastadas Belaunde (Perú), Suazo (Bolivia), los Brizolas (Brasil)...

Sin embargo, es difícil, sobre todo por la distorsión y las operaciones de silencio que la burguesía realiza sobre luchas importantísimas, lo que es a la vez posible por la falta de organización internacional del proletariado —que ni siquiera es capaz aún de disponer de su propia red de información—, el afirmar que en América Latina se haya iniciado ya la nueva fase de lucha que sin embargo es inevitable, como lo es a escala mundial.

Lo que es indiscutible es que la situación ya ha comenzado a revertirse, que hay manifestaciones importantes de luchas y que el terror de la burguesía la conduce a disminuir, ocultar, los propios hechos que están pasando.

Lo de Bolivia, lo hemos destacado en un subrayado aparte.

Lo de Ecuador debemos señalarlo aquí. Es indudable que las medidas de austeridad del gobierno fueron respondidas de una forma ejemplar por el proletariado en Ecuador. Nuestros hermanos de clase desbordaron los sindicatos, el gobierno dictó medidas de excepción y, a pesar de la ocupación militar por parte de la represión de todos los puntos estratégicos, el proletariado salió a la calle y demostró un espíritu de combatividad enorme. Durante varios días, las luchas callejeras continuaron. La falta de información al respecto, o la información totalmente insuficiente que sobre esos hechos se ha dado, no debe engañarnos, se trata de un nivel de lucha extremadamente elevado. Tal vez sea precisamente para impedir, para dificultar el contagio de un país a otro (como se dio entre 1967 y 1973 en América), teniendo en cuenta el terror que la burguesía siente ante la proximidad de una nueva fase de lucha que se vislumbra, que se hace todo lo posible por disimular todo lo importante e inflar lo que no es. Cuando se daban esos enfrentamientos en Ecuador y Bolivia..., se nos entretenía con la preparación de las elecciones en Brasil y México, así como cuando estén ardiendo los

cuarteles y las cárceles en Uruguay y Argentina, nos hablarán de que, desafiando el imperialismo, tal o cual país nacionalizó los bancos y declaró moratoria de su deuda.

El proletariado no tiene nada que perder más que sus cadenas.

¡Viva la lucha comunista!

Notas:

1. Estabilidad que no excluye, bien por el contrario, la alternancia de uno por otro modelo de explotación y dominación en los diversos países.

*

BOLIVIA: LOS PROLETARIOS CONTRA LA UNIÓN NACIONAL

Como si fuese un absceso crónico, las luchas obreras en Bolivia reemergen e infectan sin cesar el moribundo Estado boliviano. Una vez más, los mineros bolivianos se afirman como uno de los bastiones del movimiento obrero internacional. A través de la continuidad y la radicalidad de sus luchas fustigan el relativo quietismo del movimiento obrero mundial y lo impulsan para que retome sus luchas contra el enemigo común: el capitalismo.

Hace más de un año que las luchas proletarias estremecen el Estado boliviano, acelerando la bancarrota que caracteriza la economía de este país: el peso se ha devaluado en un 700% durante un año, la inflación es superior al 200%, la deuda exterior representa el 85% del valor de las exportaciones...

La lógica que guía al movimiento proletario en Bolivia es la siguiente: «El régimen capitalista está enfermo..., hagámoslo reventar». De esta orientación, el movimiento extrae sus fuerzas. Las huelgas, las manifestaciones, los enfrentamientos con las fuerzas del orden constituyen el ejemplo práctico de que no se pueden defender los intereses de clase sin sabotear la economía nacional, sin atacar la viabilidad de las empresas capitalistas.

En noviembre de 1981, más de 40.000 huelguistas paralizaron la economía nacional, haciéndola así sufrir grandes pérdidas (del orden de un millón de dólares por día). En marzo de 1982, todos los sectores de la producción (la educación, los transportes, la industria agroalimentaria, las minas...) fueron estremecidos por una ola de huelgas. Los choques entre huelguistas y el ejército fueron duros (hubieron muchos muertos en marzo y septiembre) y la represión tuvo una respuesta radical del proletariado: los mineros salieron armados de dinamita, se construyeron barricadas, se tomaron como rehenes a representantes de las fuerzas del orden... Las huelgas volvieron a surgir en octubre y septiembre de ese mismo año; las consignas eran las mismas: aumento general de salarios, rechazo de la austeridad y del orden estatal.

Fue indudablemente el terror que inspiró este resurgir de las luchas obreras lo que hizo retroceder a la burguesía. El Estado burgués se encontró así obligado a liberar a los prisioneros de las cárceles. Las fuerzas del orden no se atrevían a disipar las manifestaciones y los mítines obreros. El gobierno militar renunció. El Estado pretendía así recuperar y desarmar el movimiento. Se decretó el «retorno» de la democracia: «Tenemos que reconocer que la moral del régimen ha sido conmocionada [...]; debemos inmediatamente abrir el diálogo [con los demócratas de izquierda], sino mañana será muy tarde», afirmaban los militares en abril de 1982. La izquierda y la extrema izquierda respondieron en octubre al llamado. Así, no fue el general Meza, sino el gobierno democrático del «revolucionario» nacionalista Juazo (con la participación de dos ministros del PC y de la COB —sindicato boliviano—) el que decretó «cien días de economía de guerra para restablecer el país»... Éste es el programa de la burguesía. Antagónicamente, el proletariado forja el suyo que se opone a todo derecho o ley democrática, al Estado burgués, a todos sus gobiernos, sus sindicatos, sus reformas «autogestionistas», etcétera. No hizo falta mucho tiempo, al día siguiente de la promulgación del decreto, los mineros declaraban una nueva huelga general ilimitada, cuando la COB llamaba a sostener el nuevo gobierno; una semana más tarde, todo el país se encontraba al borde de la huelga general (la semana del 9 al 15 de noviembre). La clase obrera rechaza rotundamente los llamados a solidarizarse con la economía nacional.

Retomando el terreno de la lucha por sus propios intereses de clase contra todas las «treguas» democráticas, rompiendo con el frente «antifascista» que intenta imponer la izquierda con el objetivo de restaurar el poder del Estado, el proletariado en Bolivia forja una nueva brecha en la dominación burguesa. Cada vez es más vital al desarrollo de tales movimientos, que los comunistas internacionalistas refuerzan lazos estrechos entre ellos, mas allá de los países y los continentes, para que se pueda así consolidar una fuerza y una dirección revolucionaria mundial.

Todos los revolucionarios debemos proseguir y extender la orientación de las luchas en Bolivia.

Por la destrucción de todos los estados, del sistema económico mundial... Viva la dictadura mundial del proletariado, viva la solidaridad internacionalista con los proletarios en Bolivia.

*

M19: OTROS MÁS DE LA GUERRILLA AL PARLAMENTO

El 7 de octubre de 1982 «los siete miembros del comando político del Movimiento 19 de abril Colombiano (M19) ingresaban en el Congreso Nacional protegidos por los periodistas, mientras que (según informa la prensa nacional) la policía desplegaba un impresionante dispositivo de seguridad para proteger a unos y otros del ultraderechista MAS, que ha asesinado a varias decenas de ex guerrilleros y dirigentes sindicales. Esa simbólica entrada parlamentaria de los guerrilleros del M19 con protección policial marcaba el fin de una época y de un mito.

Para todos aquellos que diseminaron ilusiones en Colombia y en el exterior sobre el carácter real de ese movimiento, especialmente basándose en los años de mayor accionar armado y en el hecho de que la clandestinidad real les eximía ante las masas de exponer claramente su programa reaccionario, ha sido un rotundo desmentido.

Hoy es claro que el ropaje guerrillero lo habitaba (una vez más como en el caso de los montoneros, el MIR boliviano, los sandinistas, los castristas y tantos otros más) un programa «nacionalista, burgués, de democracia real, en los campos político, económico y social».

Toda la democracia se vuelve a dar la mano, conservadores y liberales, izquierdas y derechas, torturadores y guerrilleros nacionalistas, vieja burguesía cafetero industrial y los «recién venidos», gracias al negocio de la droga.

Viva la lucha autónoma del proletariado contra todos ellos. Cuando el proletariado retome su línea de clase y destruya con la lucha armada insurreccional todos los cuerpos represivos del Estado, no habrá tampoco perdón para esos guerrilleros nacionalistas, democráticos.

*

"EL OUMAMI" DEL LENINISMO AL NACIONALISMO DESCARADO

El «PCI-Programa» (1), en su putrefacta evolución, continúa su proceso acelerado de descomposición; ahora, varios grupos, secciones y hasta gran parte de la dirección confiesan su total ruptura con el derrotismo revolucionario y se reconocen abiertamente en las viejas posiciones socialchovinistas de la socialdemocracia, o de sus versiones trotskistas y estalinistas.

El Oumami («el internacionalista»), periódico de la antigua sección argelina de dicha organización, «explica» el abandono de la organización programista como consecuencia de una «crisis larvada que roe al PCI desde hace por lo menos un año» (¡cómo si dicha organización hubiese existido alguna vez sin crisis larvada y abierta!) y sobre la base de la ¡«legitimidad del sentimiento nacional árabe»! Los sucesos de Líbano habrían constituido el elemento catalizador de la disputa entre «dos posiciones» que en realidad se oponen sobre un apoyo más o menos abierto al nacionalismo palestino, lo que, como es evidente, implica de facto la participación más o menos confesada en la carnicería capitalista.

En realidad, Programa, que es una organización sin ningún tipo de principios (a pesar de sus permanentes declaraciones de fidelidad formalista a la ortodoxia), nunca fue capaz de adoptar una posición clara, neta e invariante sobre la cuestión nacional (ni sobre ningún otro punto): según la oportunidad afirmaba que en tal zona se había cerrado lo que denominan «era de revoluciones nacionales» (¡!) y al día siguiente que había aún que apoyar tal «liberación nacional» para pasar a reexplicar (siempre achacándole al lector el no haber comprendido bien) un día después que en realidad el asunto ha vuelto a cambiar en tal o cual región. Concretamente, lo que ha hecho esa organización es el ser un clásico representante de la ideología socialdemócrata radical, según la cual el capital se extiende progresivamente sobre el planeta. Para ellos, el capital no es un modo de producción, que al subsumir toda forma particular de organización social y de producción, engloba necesariamente el planeta entero, sino que sería, por el contrario, la adición de capitalismo nacional. Para ellos, la sociedad no está dividida en dos clases antagónicas, sino también en zonas capitalistas y otras zonas, que aún no habrían alcanzado ese estadio. No comprenden el desarrollo del capitalismo como lo que es: polar, contradictorio, sino que lo idealizan reteniendo sólo su polo positivo o asimilando así capitalismo a riqueza, crecimiento, industria..., y negando la pauperización, la destrucción como consecuencias inevitables de la lógica capitalista. Para Programa, como para sus homólogos, el modelo del capitalismo es Europa occidental, y en tanto que el desarrollo de otras zonas del planeta no se presenta como este modelo, el proletariado debe apoyar a la burguesía «autóctona» en su lucha por la emancipación (generalmente del imperialismo norteamericano, tomando así partido por el de URSS), por el

desarrollo de la industria. En otros términos, el proletariado debería defender los intereses burgueses sin perder su «autonomía» (¡prosiguiendo con la defensa de sus propios intereses que son contradictorios a los de la burguesía!!!), lo cual equivale a pedirle que luche por sus explotadores, que desarrolle su propia explotación sin renunciar a luchar contra ella!!!???

Sobre la base de este frentismo, la burguesía, en su expresión socialdemócrata, pudo siempre aplastar al proletariado en lucha; estalinistas, leninistas, trotskistas... siempre se aliaron a los «chang-kai-chek» locales y a los «attaturk», liquidando la lucha proletaria. Y el PCI Programa, después de haber apoyado la lucha «de los pueblos de color» contra la autonomía del proletariado (mezclando el nacionalismo, el racismo, el populismo), llega hasta el extremo de retomar la consigna «Palestina vencerá». Programa no debe entonces extrañarse de ver a sus partidarios y antiguos militantes terminar colaborando prácticamente en la lucha por la defensa de las naciones árabes, tomando posición por el capital en su guerra contra el proletariado.

De hecho, *El Oumami* no hace más que llevar a sus últimas consecuencias las posiciones programáticas y la dinámica que los «programistas», desde hace más de veinte años corroídos por la ideología leninista, fueron adoptando en todos sus corolarios: el activismo (sindicalista, legalista, oportunista...), el apoyo a las luchas de los «pueblos de color».

El Oumami no hace más que decir en voz alta lo que Programa piensa bajito... «Imaginémonos por un instante que el ejército sionista invada Siria. ¿Es que deberíamos quedarnos indiferentes o, peor aún, llamar al derrotismo revolucionario so pretexto que el Estado sirio es un Estado burgués que hay que destruir? Si los camaradas del *Proletaire* fuesen consecuentes deberían declararlo públicamente.» (2)

Efectivamente, *El Oumami* (3) tiene razón en lo que concierne a este punto. Si Programa tuviese un mínimo de coherencia, debería inevitablemente seguir a sus antiguos camaradas en el apoyo y el sostén no solamente del Estado burgués palestino —la OLP— (lo cual hace «críticamente»), sino también del sirio (¡!), cayendo en la «guerra popular revolucionaria», vieja treta maoísta que no sirve más que para ocultar la participación en uno de los frentes de la guerra imperialista. ¿Cómo se puede rechazar la única posición obrera, el derrotismo revolucionario, y por lo tanto participar en una guerra burguesa, y «salvaguardar la independencia de clase»? Esto equivale a repetir las viejas ineptias social chovinistas (participar sí, pero...) que tuvieron como única función la de enganchar al proletariado en la carnicería capitalista en defensa de intereses que no fueron ni serán nunca los suyos.

Programa y sus jóvenes discípulos juegan hoy en día el mismo papel contrarrevolucionario que jugaron los trotskistas en los años treinta: el reclutamiento de los proletarios a través de una verborrea radicaloide y «crítica», para uno de los campos burgueses; el apoyo directo a uno de los campos imperialistas.

Y, evidentemente, a partir de estas argucias pseudo teóricas, esos «leninistas argelinos» caen rápidamente en la más asquerosa apología nacionalista y chovinista, «Palestina vencerá», que una vez más significa ni más ni menos que el sacrificio de centenas de proletarios sobre el altar de la nación, de la patria... ya sea árabe, rusa o alemana. «Palestina vencerá», como ayer el FLN, «Vietnam triunfará» o los sandinistas, siempre significará primero el cementerio para millones de proletarios, después la «reconstitución nacional», con sus campos de trabajo forzoso!!!! Son estos que se dicen comunistas, pero «argelinos de verdad», que después de veinte años de la «independencia nacional de Argelia» quieren orientar la lucha del proletariado en Palestina, en Líbano, en Jordania..., en el camino podrido que permitió al capital, una vez más, desarrollarse a partir de la masacre de millares de obreros en Argelia, como en todos los otros países «liberados». La liberación nacional no es más que la liberación del capital!

Y, ¿qué paso con su consigna «No habrá paz sin la destrucción de Israel» (*El Oumami*, número 1)? Además de la connotación contrarrevolucionaria de la consigna «paz», pues tanto la paz como la guerra son momentos de la política militar del capital, lo que es necesario es destruir todos los estados burgueses del mundo entero, pues ellos, tanto el de Israel, como la OLP, el Estado sirio... o el Estado argelino... aseguran la reproducción de las relaciones capitalistas de explotación, la esclavitud salarial. Pero claro está, Programa (o las publicaciones regionales de ese grupo) aún no osa afirmar abiertamente tales ineptias contrarrevolucionarias. Prefiere masturbarse con «los límites entre dos épocas», «se cerró la fase nacional burguesa»..., para finalmente sostener, en los hechos, la misma política burguesa que sus amigos de *El Oumami*. Más aún, gracias a la forma tan descarada que adopta *El Oumami* en la defensa del orden burgués, los «programistas» podrán darse el lujo de aparecer como «más radicales» (en realidad radicaloides) y rehacerse una nueva «virginidad»... Pero nosotros no nos hacemos ninguna ilusión. *El Oumami* no es más que el puro producto de Programa, y este último llegará, como la lógica de sus mismas posiciones lo impone, a defender y volver a adoptar un poco más tarde esas mismas posiciones burguesas, preparadas desde hace décadas por sus «teorizaciones». Es en este sentido que el mismo título del artículo de escisión, *Del partido-programa al partido de acción revolucionaria*, explicita claramente los pasos seguidos por *El Oumami*. Simple y llanamente, la *continuación* de la misma línea del PCI Programa llevada a su extremo. La diferencia es que ellos (*El Oumami*) son un poco más activistas, un poco más obreristas, un poco más nacionalistas..., un poco más burgueses. Es esta involución siniestra la que está condenado a seguir todo grupo o individuo que, en nombre del «concretismo», del «activismo», de las «tareas inmediatas», del «programa mínimo», de las «reivindicaciones transitorias»..., abandona el terreno de la defensa intransigente de los intereses históricos del proletariado, para hundirse cada vez más en el pantano de la contrarrevolución.

Que los revolucionarios midan la distancia que separa a estos que dicen ser sucesores del combate de la Izquierda Comunista italiana, de la verdadera práctica y toma de posiciones de esta última!! (4). En lo que nos respecta, y en nombre de la Izquierda Comunista de Italia y de todas las fracciones comunistas del mundo, llamamos a los proletarios a luchar por la destrucción de estas organizaciones del capital.

Notas

1. Partido «Comunista Internacionalista», cuya revista central es *Programa Comunista*.
2. Algunas observaciones sobre el artículo intitulado *El medio Oriente al límite de dos épocas*, en *El Oumami*, septiembre de 1982. Los subrayados son nuestros.
3. *El Oumami* se transformó en el «órgano de los comunistas leninistas argelinos». Estos individuos no son capaces de darse cuenta de la contradicción que existe entre el título de su revista *El internacionalista* y su concepción nacionalista del partido y de la Internacional, concebida como una adición de partidos nacionales. Otra contradicción más con la Izquierda Comunista de Italia y con su concepción del partido mundial.
4. Es ampliamente suficiente el recordar que el conjunto de contribuciones de la fracción en el exilio (*Bilan-Prometeo*) fueron sistemáticamente ocultadas por todos los falsos epígonos de esta corriente. ¡De la misma manera se ocultaron las múltiples contribuciones de militantes revolucionarios como Bordiga y Vercesi!

*

LA REGLAMENTACIÓN DE LOS SIN PAPELES A LA VANGUARDIA DE LAS CAMPAÑAS ANTI-INMIGRADOS Y RACISTAS

Todos los gobiernos rechazan, expulsan, echan a sus «extranjeros». «No hay que confundir generosidad con laxitud [...]. Nosotros no pagaremos el desempleo de los inmigrados». Éstos son hoy en día los propósitos que la burguesía tiene. Hace más de veinte años, estimulaba la inmigración. Desde que dejó de serle rentable, esta fuerza de trabajo es tirada a los basurales de la sociedad. El solo hecho de su existencia, de sus necesidades elementales, es, para los sátrapas que nos gobiernan, una gran carga.

En la RFA, el gobierno «liberal» se encarga de aplicar los últimos reglamentos, tomados por el ex ministro socialdemócrata, que tienen como principio lapidario «el estimular por todos los medios el regreso a sus países de los inmigrados». Los dignos hijos de los «perros sanguinarios», Noske y Scheideman, sólo pueden ofrecer, a los dos millones de turcos que viven aún en Alemania, los fusiles y los campos militares en Turquía.

En Estados Unidos se limitan el número de inmigrados a 450.000; se imposibilita el empleo de personas que no son norteamericanas, o portadoras de una autorización como residentes provisorios, mientras que existen entre 14 y 15 millones de ilegales y es por centenas de millares de hombres y mujeres y niños, que llegan escapando de la desocupación, de la represión y de los campos de batalla de América Latina y de los campos de trabajo forzado de Cuba, Haití, Vietnam, Camboya, Guatemala, El Salvador, Nicaragua.

La nueva legislación belga que está en proceso de preparación es explícita en lo que concierne el clima de represión y reestructuración que se expande por todas partes: casi supresión de permisos de trabajo con duración ilimitada y su reemplazo por permisos de trabajo (y por consiguiente de estadía) otorgados por un sólo patrón y para una sola actividad.

Los socialistas franceses, y sus homólogos trotskistas demócratas, se han hecho los propagandistas de vanguardia de esta campaña internacional del capital. Y esto hasta tal punto, que Estados Unidos e Italia se inspiran en el método «socialista» de expulsión de los inmigrados para reforzar sus propios proyectos.

Es, llevando adelante el principio «de los derechos de los trabajadores inmigrados», «la regulación de los 'sinpapeles'», la «lucha contra la inmigración clandestina», que el gobierno francés, en colaboración estrecha con la policía de los estados de origen de los inmigrados, con la ayuda de organizaciones humanitarias y políticas de inmigrados, ha sistematizado el fichaje, el señalamiento, el cierre de fronteras, constituyendo un enorme dispositivo represivo. Al gobierno, la operación de regulación le permite terminar definitivamente con toda nueva entrada de trabajadores: los candidatos para la regulación tienen que presentar una prueba de residencia en Francia antes de enero de 1981. Ayudado por la división en categorías y la competencia entre los obreros, el gobierno limita toda posibilidad real de trabajar en Francia: los candidatos deben justificar un contrato de trabajo de un año, lo que excluye a los desempleados, los precarios y los eventuales (1). Peor aún, la «regularización» sólo es temporal y sólo es válida por un año, lo cual significa la amenaza de expulsión al finalizar el plazo, el chantaje político de la renovación del permiso de trabajo y

estadía. De ahora en adelante, todo el que se perfile como un «revoltoso» será automáticamente expulsado. Contra toda la charlatanería democratoide que pretende presentarnos esta regulación como respondiendo a los intereses de los inmigrados, digamos claramente que el chantaje que la regulación institucionaliza, no hace más que reforzar la explotación tanto de los trabajadores «regulares» como la de los «clandestinos». «Comparada a las cifras de 300.000 clandestinos en Francia, la regulación de 130.000 personas puede ser considerada como un triunfo; sin embargo, la ley será aplicada con todo el rigor!» (2) (Antoin, Ministro de Estado de Asuntos Sociales y de la Solidaridad Nacional, 14/10/1982).

«Los derechos de los trabajadores inmigrados» constituye otra de las armas de la burguesía para promover la división de los trabajadores por categorías, desarrollar el racismo y el nacionalismo. La «igualdad de derechos» es otorgada al obrero inmigrado que responde a los criterios de buen ciudadano francés, al que defiende el interés nacional, la justicia social y la legalidad de la madre patria. «La seguridad del trabajador francés» permite la caza «de los enemigos del derecho de la nación», que realiza la operación de cerrada de fronteras y control de identidad. Los 7.000 agentes de la policía nacional, los 2.000 gendarmes y los 1.500 policías fronterizos, nuevamente afectados a través del plan «antiterrorista», tienen como tarea esencial la caza de los inmigrados y otros proletarios «ilegales». Mitterand ha declarado claramente que combatirá a todo aquel que promueva la violencia y que no respete el orden democrático.

El movimiento por «los derechos de los trabajadores inmigrados» no sólo reconoce la ideología subyacente a la regularización, sino que trata de estimular al proletariado inmigrado para que la reconozca y la fortifique entre los obreros: ser un sujeto agradecido al Estado burgués para tener trabajo, estar dispuesto a aceptar los sacrificios que le imponga su situación precaria, y ser el agente y el blanco del racismo y del nacionalismo a través de su apoyo a las medidas de interés nacional.

El fichaje, las restricciones salariales, el licenciamiento de los «malos elementos», el aislamiento de aquellos que no acepten las medidas de austeridad, la dispersión de todos aquellos que no tienen nada que perder pero todo a ganar en la lucha..., que golpea más violentamente hoy a los inmigrados, amenaza a toda la clase obrera, socava su unidad y su fuerza. El interés general de la clase coincide con el interés específico de los sectores más violentamente golpeados del proletariado. Los inmigrados, que en todas las grandes luchas constituyeron parte de la vanguardia del proletariado en Europa, no tienen nada que ganar con el desarrollo de una lucha específica y aislada por los «derechos de los inmigrados», que además los condena (especialmente a los más decididos) a vivir bajo el chantaje y el desangre de las expulsiones. Por el contrario, como parte más golpeada por la crisis del capitalismo, tiene interés general en luchar contra todos aquellos que quieren hacer de su lucha una lucha aparte, en ligar sus reivindicaciones a las reivindicaciones de todo el proletariado, en luchar contra todas las medidas de represión, contra el fichaje, contra las expulsiones, contra la reglamentación de los «sinpapeles», contra los controles y la prepotencia policial en los metros y las fronteras, junto con sus hermanos de clase. Esto sólo se puede hacer de una manera, mostrando prácticamente que es una misma lucha, y sólo se muestra prácticamente que es una misma lucha cuando los objetivos de la lucha sobrepasan las categorías, y por lo tanto cuando cada vez que se fijan objetivos que conciernen a los inmigrados, se acompañan de objetivos que interesan a todos los proletarios: la lucha general contra las condiciones de trabajo, contra el trabajo eventual y precario, contra sus agencias, contra la represión, contra los fichajes y los controles policiales en la calle... Contra el interés sagrado de la «nación», contra todos los sacrificios que impone el respeto de la economía capitalista, contra el Estado burgués, su legalidad, su orden, su justicia.

Organicemos esta lucha internacionalista contra los actuales e incesantes golpes de la burguesía, contra las campanas nacionalistas por los «derechos de los inmigrados», «la reglamentación de los 'sinpapeles'» y su realización: el chantaje y las expulsiones.

Notas:

1. Hoy, todo trabajador nuevo es precario, eventual. Se calcula en más de 2.000.000 los que trabajan en esas condiciones en Francia.
2. La cifra de 300.000 es una subestimación y se refiere sólo a los trabajadores, sin incluir la familia. En general se admite que hay más de un millón largo de personas no registradas.